
cores
amazônicas
Ambulantes
cuéntame un cuento

Índice

1. Cubierta
2. Portada
3. Oraganización
4. Créditos
5. Prólogo. Los colores del Amazonas, por Ignacio Berdugo Gómez de la Torre.
6. Urucum, cor de sangue, por Tales Völker.
7. O palhaço e o contrabandista, por Marcelo Voss.
8. Febre, por Toni Moraes.
9. O pássaro amaldiçoado, por Bruno Bucis Pereira.
10. O índio que ganhou na Loteria, por Estêvão Benfica Senra.
11. Vicinal Água Boa, por Gabriel de Souza Alencar.
12. Nas Raízes da Nostalgia, por Gabrielly Hannaly de Jesus Cotte.
13. Uma inesquecível noite na selva amazônica, por Jober Rocha.
14. Os rios têm pedras, por Maria de Lourdes Prata Garcia.
15. Ursa Maior, por Rafael Albuquerque Sant'Anna.
16. Duelo de gigantes, por Rogério Amaral de Vasconcellos.
17. Rescoldos, por Teresa Sueiro Górriz.

cores amazônicas

Tales Völker, Marcelo Voss, Toni Moraes, Bruno Bucis Ribeiro Pereira, Estêvão Benfica Senra, Gabriel de Souza Alencar, Gabrielly Hannaly de Jesus Cotte, Jober Rocha, Maria de Lourdes Prata Garcia, Rafael Albuquerque Sant'Anna, Rogério Amaral de Vasconcellos, Teresa Sueiro Górriz.





Organización:







Apoyo:



Título original de la obra: Cores amazônicas.

© de los textos: cada uno(a) de los(as) autores(as).

Primera edición: © Ediciones Ambulantes y Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca, 2020.

edicionesambulantes.com

cebusal.es

Proyecto gráfico de la cubierta: ©Andréa Bellotti y Shay Reis, 2020.

Maquetación: ©Andréa Bellotti y Shay Reis, 2020.

Corrección y revisión: Aline Pereira da Encarnação y Víctor David López.

Imagen de la cubierta: ©Tiago Caramuru. Perteneciente a la muestra "Amazonia Metropólica", seleccionada en el programa de Residencia Artística 2018/19.

Colección Antologías, nº4

ISBN: 978-84-123145-0-2.

Esta publicación digital ha sido proyectada como material de divulgación de descarga gratuita, y reúne los mejores clasificados del IV concurso “Cuéntame un Cuento”, del Centro de Estudios Brasileños (CEB) de la Universidad de Salamanca (USAL). La autorización para el uso de cualquier fragmento de este libro debe ser solicitada por escrito a Ediciones Ambulantes o al CEB.

Prólogo

Los colores del Amazonas, por Ignacio Berdugo Gómez de la Torre.

El Centro de Estudios Brasileños de la Universidad de Salamanca convoca por cuarta vez su concurso de relato breve, vinculado siempre a temática brasileña, "Cuéntame un cuento". En este complicado 2020 el tema ha quedado reflejado en el título de este volumen: "Cores amazônicas." El éxito ha sido rotundo: más de 400 relatos, procedentes de 10 países distintos.

En realidad, el Centro, con el lema de este año, jugaba con cartas marcadas. Cualquiera que haya visitado o haya leído sobre el Amazonas, es muy difícil que no se sienta cautivado por alguno de sus colores, no ya del río sino de las muy extensas regiones que aparecen vinculadas a sus aguas, la mayor parte de las cuales están en Brasil, aunque los territorios de la Amazonia, comprenden desde Perú, Bolivia y Ecuador a las Guayanas pasando también por Colombia y Venezuela. Este pulmón del mundo está amenazado por la falsa e interesada tensión entre desarrollo y medio ambiente, que es falsa, porque es falso el desarrollo que traiga consigo la destrucción del medio ambiente. Hablar de este color del Amazonas es hablar de un activo que en su mayor parte está en Brasil, pero del que es titular toda la humanidad.

Sin embargo, hay otros colores amazónicos, relacionados con este, que cautivan al visitante o al lector. Es apasionante el patrimonio cultural vinculado a la diversidad de sus habitantes, los indígenas, que algunos pretenden desde hace siglos colonizar, con la pérdida de la riqueza, inmaterial, pero riqueza, de su secular identidad, íntimamente unida a la naturaleza en que se integran.

Está también el color de su botánica y de su fauna, con árboles irrepetibles y animales emblemáticos, como el jaguar amazónico, el delfín

rosa o el pirarucú.

Hablar del Amazonas es hablar de muchos ríos, baste recordar que para los brasileños el Amazonas comienza en Manaos después de la lenta fusión de los colores de las aguas del río Negro y del Solimões.

No es un color a olvidar el de su historia en estos últimos 500 años de camino compartido con choque cultural incluido, que lleva a recordar desde los viajes por sus aguas, la vía más natural para comunicarse, de los primeros europeos, como Orellana, al que el río debe su nombre definitivo, que se refiere a las míticas guerreras del pecho amputado, a los más recientes de la época de apogeo del caucho, con el auge las ciudades claves del Amazonas, Manaos, Santarém o Belém. Historia compartida que hace que aparezcan a orillas del río no solo estas tres ciudades, sino también la realidad de los “ribeiriños”.

Un último color que condiciona la Amazonia es la relación território-población. Esta se concentra en algunas ciudades, muy pocas, y el resto se distribuye por las extensiones amazónicas, donde el Estado no está presente y la ley es el poder de los grandes propietarios.

Todos estos colores y muchos más aparecen en los relatos presentados, y buena muestra tiene el lector en los doce textos que recoge este volumen, loas de los dos ganadores y los diez finalistas. Me detendré en los relatos premiados. En el del ganador, Tales Völker ("Urucum, cor de sangue"), se aborda uno de los colores que he señalado al ponernos en la piel de muchos jóvenes indígenas que tienen que optar entre la tradición o la modernidad, con el coste que pare ellos supone la vida en la ciudad, fuera de la selva, que les va a llevar a pérdida de la propia identidad.

El segundo premio correspondió Marcelo Voss que en su relato “O palhaço e o contrabandista”, aborda el tema del contrabando en el Amazonas desde una perspectiva diferente y original. Recordar el color de la difícil presencia del Estado y de la extensión e internacionalización de la región.

Pero abordar un concurso como este requiere la colaboración de Ediciones Ambulantes, que con el ya mencionado título de “Cores

Amazônicas", publica en formato electrónico este volumen, que estará disponible para descarga gratuita en la página web de la editorial y en la del Centro de Estudios Brasileños.

Junto a la editorial como director del Centro he de agradecer a los miembros del jurado y al personal del Centro su implicación en este concurso y muy especialmente debo centrar mi reconocimiento en Esther Gambi, verdadera alma del certamen y de esta publicación.

Salamanca agosto de 2020

Ignacio Berdugo Gómez de la Torre

Director del Centro de Estudios Brasileños

Universidad de Salamanca

Urucum, cor de sangue

TALES VÖLKER

Ela passa as mãos suavemente nas minhas costas, depois nos meus braços, pernas, peito e finalmente no meu rosto. Durante estes momentos, costumo ficar de olhos fechados e às vezes até durmo de tão relaxado que me sinto. Sentir seu toque suave e úmido me causa uma enorme satisfação. Para mim este momento é muito especial, traduz todo o carinho que minha mãe sente por mim. Sei que para ela também tem um significado, a pintura corporal é um trabalho artístico, mas acima de tudo é um gesto de demonstração de afeto.

Com esmero nos detalhes, cada traço é feito de forma coordenada formando um desenho sem igual. Eu reconheceria a pintura Kusiwa dela em qualquer outra pessoa, mas sei que este estilo só é aplicado em mim. E dá gosto sair pela aldeia mostrando meu corpo todo colorido. Sinto-me quase com Ianejar, o nosso Criador, com minha pele avermelhada e centenas de traços geométricos pretos. Somente meu rosto recebe outras cores, o verde e o amarelo. Minha mãe sempre me disse: «Quem não se pinta com urucum, não se protege dos seres da floresta!».

Quando eu era criança, ficava ansioso para buscar o material para a pintura. Eu sonhava com a Festa do Milho e com a Festa do Mel, quando semanas antes a criançada saía atrás de sementes de urucum, gordura de macaco, jenipapo e resinas diversas para a produção das tintas. Eu tenho a impressão de que o nosso povo está retomando o culto por estes rituais. Desde a década de 80, quando havia conflitos declarados com garimpeiros, o orgulho Wajãpi não estava tão aflorado. Naquela época, havia muitos confrontos. Nossa população era bem maior, e os primeiros contatos com o homem branco foram catastróficos. Hoje somos pouco mais de 1.000 pessoas, no Amapá e no Pará, e a guerra é mais silenciosa, as grandes empresas de mineração têm táticas ardilosas para conseguir ocupar nossos espaços. Mas recentemente houve algumas mortes em outras aldeias, e os

ânimos se acirraram novamente. O pior de tudo é que ouvimos declarações de políticos importantes negando o desmatamento, culpando os povos indígenas pelas suas mazelas, defendendo o garimpo em nossas terras, e parece que assim as pessoas se sentem legitimadas a agir com violência.

Mas devo me esquecer destes problemas e me concentrar no meu futuro, já que tenho pela primeira vez na minha vida uma oportunidade de emprego. Daqui a pouco sai o caminhão que levará o pessoal até Pedra Branca do Amapari. Meu primo Kawiri me disse que como já sou adolescente, tenho que arranjar alguma coisa fora daqui, com salário fixo. Ele já está há um ano e meio trabalhando em obra, e conseguiu uma semana de folga na aldeia. Achei-o muito estranho, anda nervoso, parece que não é o mesmo Kawiri que eu conheci quando curumim. Disse-me que ganhou bastante dinheiro, mas gastou tudo no bar e no restaurante, que por acaso são do dono da obra. Ainda deve algum dinheiro da hospedagem, mas agora tem a oportunidade de recuperar, pois vai ser o capataz e ganhar mais em um novo empreendimento do patrão, uma pousada para mineradores, perto da grande mina de ouro de Tucanos, de propriedade dos estrangeiros. Já o alertei que mineração vai contra os princípios do nosso povo, mas ele disse que se ele não fizer, outro vai fazer. Então, melhor que o dinheiro fique com um índio do que com um não índio.

Escuto o barulho do motor do caminhão e um burburinho dos jovens da aldeia. A voz de Kawiri sobressai, ele deve estar recrutando mais trabalhadores para a tal pousada. Ele sempre foi um bom líder. Quando saíamos para pescar ou caçar, tudo já estava esquematizado: quem ia com ele, quem ia à frente, quem carregava os apetrechos, e tudo mais. Eu até pensava que um dia ele seria o cacique. Era o seu sonho e ele tinha todos os predicados. Não sei o que aconteceu, acho que o sonho acabou. E ser cacique hoje em dia é um desafio e um risco. Semana passada, o cacique Emyra Wajãpi, da aldeia Waseity, foi assassinado. Não se sabe por quem, mas aposto que foram garimpeiros ilegais, pois ele estava se posicionando fortemente contra a invasão de uma área de sua aldeia pelos garimpeiros.

Minha mãe me oferece um pouco de caxiri para tomar e batata-doce com mel. É um caxiri bem leve, a mandioca fermentou pouco, bem do jeito que eu gosto. Fecho os olhos e me concentro no gosto da batata com mel de

tiúba. Ai, mãe, que delícia, esse gostinho de infância! Quantos bons momentos me vêm à memória. Vejo-me menino, correndo pela aldeia, com meus irmãos e primos, me divertindo com as coisas mais simples da natureza. Eu corria até a roça, arrancava umas batatas e trazia para a mãe. Assim que cozinhava, eu já misturava com mel e comia quente mesmo. Às vezes queimava a minha língua, mas aquele sabor compensava. E hoje sinto o mesmo sabor. Nunca pensei que fosse abandonar tudo isso por uma vida nova na cidade dos não índios. Nunca tive um sonho de ser alguém muito especial, como meu primo, mas acho que longe daqui as oportunidades virão e criarei meus sonhos.

Sou expulso de minha ilusão e quase morro de susto com um grito de Kawiri: «Vamos, primo, o caminhão tá saindo, são dez horas de viagem! Como assim, você está todo pintado? Tá viajando? Quer ser motivo de chacota na cidade? Vai começar bem, hein?». Peço para ele esperar lá fora e olho para a minha mãe. Ela segura o caxiri com as duas mãos como se estivesse cuidando para não derramar. Em seguida me oferece e tomo tudo em grandes goles. Com a cabeça erguida e de olhos fechados, novamente me transporto para o passado e dessa vez sinto um medo não sei de quê. Me despeço com um abraço bem apertado e vejo lágrimas em seus olhos. Sei que ela quer ouvir o que eu não consigo dizer: que desisti de ir embora, que vou ficar. Digo apenas que ela não se preocupe, que ano que vem estarei aqui para a Festa do Milho.

Saio de casa sem olhar para trás, a passos largos em direção ao caminhão. Na carroceria, coberta apenas por uma lona amarela toda furada, há mais de vinte pessoas. Procuro um lugar para sentar, mas acho que vou ter que ficar em pé por enquanto. O motorista arranca e eu me desequilibro, caindo por cima de Kawiri, que debocha: «Cuidado, vai estragar a pintura!». Olho para meus braços e percebo que realmente estou todo borrado. Meu primo me consola: «Relaxa, para onde vamos ninguém dá bola para pintura, o que vale é o dinheiro, meu amigo!». E apontando para si mesmo, afirma: «Confia no cacique aqui!». Olho para ele indignado e ele me encara, esperando o que vou dizer. Mas as palavras simplesmente não saem da minha boca. Olho para a estrada, mas não vejo mais a aldeia. Só vejo a floresta sob a chuva, que cai sobre meu corpo e dissolve a tinta escarlate, manchando o estrado da carroceria do caminhão.

O palhaço e o contrabandista

MARCELO VOSS

Junco Trapenzzio trabalhava no circo, como palhaço. Seu nome, porém, sempre fazia muitos pensarem que tinha a ver com ele fazer acrobacias num trapézio, coisa que morria de medo. E foi isso: depois de muita troça dos colegas artistas, cachola lampejou e teve ideia de fazer seu número num mini trapézio.

Foi um sucesso. Ele e seu parceiro, o palhaço Filho Batuta, construíram uma armação em miniatura de um trapézio de verdade e ficavam simulando acrobacias. Também os dois trombavam de barriga um com outro. Faziam caretas. Pulavam em um balde cheio de água apenas de uma escadinha de meio metro e saíam com ele preso no pé. Dançavam numa cama elástica, segurando mini guarda-chuvas, e destrambelhavam em piruetas mal concebidas, segurando nas calças um do outro. Fingiam que bebiam cachaça, tentavam se equilibrar na corda bamba, e caíam no chão, e já se levantavam, como se fossem molas pula-pula, e muitas outras arlequinadas do tipo. O público que os assistia se esborrachava de rir.

Tornaram-se sensação quando se falava em duplas de palhaços. Cartazes dos dois pululavam quando chegavam às cidades. Saíam desfilando durante o dia na caçamba da camionete velha, jogando balas paras as crianças virem ao espetáculo à noite. E elas vinham e riam. Tudo funcionava perfeitamente como uma manivela de um realejo berlinense. O dono do circo, o velho Leônidas, até os chamava de filhos.

Porém, o tempo passou um bom tanto e o número ficou gasto. Junco tentou que tentou, mas não conseguia vir com ideia nova e boa para levantar o público novamente. Tem coisas que são uma vez só na vida, pensava. E assim foi, até que o velho Leônidas deu-lhes um ultimato, pois havia filas e mais filas de outros palhaços querendo entrar no lugar deles. E palhaços bons. O Filho Batuta, que não era de criar nada, não aguentou a

pressão e acabou indo embora, tentar ganhar a vida de outra maneira. Quem sabe mascate, acendedor de poste, ressurreicionista ou leão-de-chácara. Quem sabe?

Logo Junco viu que teria que fazer o mesmo, pois ficara datado e agora estava sem o parceiro. E percebeu que sua graça, e também a graça da vida, tinham diminuído. Parecia que nunca havia sido palhaço. Parecia que sua habilidade de fazer as pessoas rirem era uma farsa. Cortava-lhe o coração fazer truanices e ver um ou outro dando breves risadas, ou risadinhas fracas.

Numa noite, quando apenas uma menina riu de seu número, soube que era o fim. Acabou abandonando o circo no dia seguinte e, de escolha própria, elegeu a solidão. Vagou um tempo por algumas cidadezinhas lá para o lado do pulmão do mundo: Codajás, Novo Airão, Japurá, Tefé e Uarini.

Já em Manaus, tentou achar emprego. E foi um sujeito das docas, Rélis Romero, que ao reconhecê-lo encostado nuns caixotes vazios de madeira, quebrando uns palitinhos de fósforos, lhe disse que precisava de um ajudante para movimentar mercadorias. Pagamento em dinheiro vivo e horário quase normal de trabalho. Só precisaria ajudá-lo a carregar e descarregar a muamba do seu barco, em lugares ao longo do rio e afluentes, pequenas cidadezinhas e vilas. A viagem em si era muito agradável, dizia. Mas, e se aparecesse polícia ou algo assim? Ah, é só fazer um agrado. Só que o rio é tão grande, tão grande, que é difícil, viu.

Desgostoso da vida, e precisando de um bagarote, Junco não pestanejou. Logo Romero passou-lhe as instruções de como fazer isso e como fazer aquilo. Como pilotar o barco, usar a pequena âncora, sentir o vento e usar a ventania a favor; o que fazer na chuva forte, nevoeiro da manhã, e como usar a margem do rio que nem guia em noite de breu; combustível, velas e óleo no motor. Como disfarçar os ilícitos em frutas, pães, perucas e galões, e uma infinidade de truques mais. Não era tão pouco trabalho assim. Mas, tudo bem, pensou o ex-palhaço, sabia que vida fácil era só pra gente ouruda.

Aí a farfúncia começou. E lá iam eles, parando em pequenos portos clandestinos, ganhando golinhos de cachaças, olhares curiosos, com o novo aprendiz carregando e descarregando caixas e caixas de muamba, ajeitando tudo que tinha que ajeitar, falando tudo o que tinha que falar, voltando para o barco e seguindo rio acima e rio abaixo.

Junco via uma infinidade de produtos de terras distantes passarem pelas suas mãos. Chegou até a se maravilhar, pois parecia que um pouquinho desses lugares ficava armazenado em sua alma. A sensação era boa. Ficou abismado quando viu pela primeira vez limão negro. Desvairou quando sentiu o cheiro das favas de baunilha de Uganda. Ficou incrédulo quando experimentou um pouco da pimenta exótica grãos-do-paraíso, qual deixou sua boca dormente, levemente doce e canforada. Teve pileque maravilhoso quando Romero descolou para eles beberem garrafa de rum autêntico da Jamaica. Tomou reprimenda quando quase derrubou uma pequena caixa, com duas garrafas raríssimas de Beneditino, licor mais antigo do mundo, quais destinadas estavam a um frei numa missão longe pra dedéu: «Se quebras essas garrafas, o frei se encarrega ele mesmo de nos perseguir até nos tostar numa fogueira!», disse Romero, atônito.

Tempo passou até que agradável. Junco pegou os meandros do trabalho, e vida agora deslizava como um barco em águas calmas. O dinheiro pingava bem. Comprou uma casinha de madeira e pôde até adquirir umas mercadorias exóticas para ele próprio degustar. Ia ao Shangrilá, bordelzinho bem bom, encontrar Irani, mulher bem boa. Ficara amigo de Rélis Romero. E o principal: raramente tinham problemas com as autoridades, no exercício do trabalho.

Teve dia, bem pela manhã, com resquícios de neblina, que Junco chegou para mais um dia de labuta, mas não encontrou o amigo. Esperou uma hora, duas, três, e nada. Sabendo da importância das entregas do dia, preparou o barco sozinho, fez o carregamento e partiu. Nunca em cinco anos o amigo atrasara tanto. Vez ou outra chegava coisa de meia hora depois do combinado. Porém, nada dessa soma, especialmente quando o carregamento do dia, ou qualquer outro, fosse importante. E, justo naquele, tinham que entregar rublos ucranianos raros para um barão da borracha.

Passou o dia e parte da noite fazendo o serviço de duas pessoas. Quando voltou, estava só o pó da viola. E foi direto para casa: se lavou, tomou uma dose de absinto romeno, deitou e dormiu que nem pedra.

Acordou, porém, suado, na madrugada, daqueles pesadelos em que se chuta o ar e se leva certo tempo para perceber que conseguiu sair da escuridão. Sonhou com Rélis remando uma jangada, prestes a afundar, com uma faca cravada em suas costas, perdido no breu da noite. Junco tentava colocar o farol do barco nele, a fim de resgatá-lo, mas, por aquelas incongruências de sonho, não conseguia mirar direito nem se aproximar, parecendo que, para mover apenas um braço, precisava ter o dobro da força do que tinha na sua vida normal. E o amigo acabou afundando, cantando triste canção sobre a vida ser breve e traiçoeira.

Pela manhã, rumou para o porto, pois rotina de trabalho não parava. E Romero de novo não apareceu. Junco percebeu que algo de aragem maligna tinha acontecido. Esperaria até a próxima remessa de mercadorias, qual sempre tinham que pegar noutro logradouro, e seguiu para fazer as entregas do dia e recolher a prata pertinente.

Quando foi ter com o capitão Gervásio, homem que trazia –do Porto de Belém– boa parte do que se contrabandeava por aquelas bandas, ouviu rumor que Romero tinha sido morto, e o corpo afundado nalguma parte de negro rio.

Sorte tua, falou o capitão para Junco, herdou barco e clientes, e agora vais ver que é prata de verdade. A propósito, já vamos acertar o de agora e o próximo.

O ex-palhaço assentiu calado, mas com vontade de passar lâmina de sua faca espanhola, presente de Romero, no pescoço velho e enrugado do capitão, pela falta de respeito com o amigo. E foi com esse pensamento, a morte do mentor, e mais o que herdara, que Junco percebeu que havia se transformado: chefe no contrabando.

Acertou o que tinha que acertar e saiu sem dizer palavra. Levou toda nova remessa para uma pequena maloca encafuada que tinham, armazenou

os caixotes e voltou para sua casa, tecendo mil tramas por que razão teriam matado o parceiro e pedagogo do contrabando.

Tratou então de assalariar um ajudante. Tinha um bom dinheiro guardado e também decidiu comprar um bom fala-verdade. E assim o fez. Pistola alemã, coisa fina. Não falhava, não enroscava, atirava até debaixo d'água.

E vida correu mais um bom tempo. Dessa vez, como capitão Gervásio dissera, com prata firme entrando no bolso.

O novo ajudante de Junco, que logo o apelidou de Zé Bigorna, era sujeito um pouco gordo, mas forte e bem eficiente. Carregava mais peso que o próprio Junco quando havia começado. Falava pouco e era atento. Tinha um espaçamento nos dois dentes principais superiores, o que lhe conferia um ar quase infantil. Só que o gordinho brigava que nem um touro. Coisa que mostrou em certas situações quando estrangeiros tentaram passar a perna na entrega da mercadoria numa vila distante. Zé serviu como uma luva para o trabalho. E, sendo assim, Junco deixava muita coisa na mão do ajudante. Poucas vezes teve que puxar o ferro alemão para acalmar os ânimos diante de algum desentendimento com clientes espertos.

Junco naquele momento percebeu que, depois de tanto tempo de práticas e caminhos escusos, agora sabia dar ordens, ralhar se preciso fosse e, se a coisa não fosse para o seu lado, tinha até ajudante fiel para sentar a mão até conseguir endireitar qualquer eixo humano que não funcionasse. Do dia, gostava apenas da noite, aliada mágica para realizar tudo que tinha que ser na parte das entregas. Os tempos estavam mudando. A polícia graúda agora já sabia dele, e as propinas ficaram mais gordas que o Zé Bigorna. Também sabia que tinha gente ansiando seu lugar. Vida entrara no tabuleiro, e estava em jogo. Não subia mais em paz o rio, como nos tempos de Romero. E, diante dessas mudanças todas, o caminho nas águas do Amazonas se tornou coisa do demônio. Perguntava-se sempre se realmente subira na vida. Boa pergunta, repensava em seguida.

Porém, medo nesses dois homens era coisa que pouco existia. Ambos, agora sempre na madrugada, ficavam trabalhando naquele tanto de água, tanto de árvores, tanto de céu e estrelas, e se tornaram filhos das sombras.

Quando terminavam as entregas, Junco deixava o barco à deriva no grande rio, sentados no convés, tomando conhaque caro, fumando charutos importados e olhando o céu estrelado. Às vezes descarregavam suas pistolas, atirando pro ar. Terminavam brindando: «Ao dinheiro: que venha rápido e se demore a ir. À Morte: que demore a chegar, mas que vá rápido quando vier». E erguiam os copos, pois, naquelas andanças todas de suas vidas, já tinham passado várias vezes raspando pelas vestes da Maldita. E acumulavam histórias e mais histórias. E as contavam e reviviam sob a luz fraca da lamparina no convés do barco. Até aumentou a paga do ajudante, para comprar mais confiança do já fiel imediato.

Entrega incomum apareceu um dia. Nunca tinha visto laranjas jafa de Jerusalém. Depois que Zé Bigorna as carregou para dentro do barco, Junco abriu uma das caixas para ver do que se tratava. Eram cítricos lindos, brilhantes, cascas grossas; a cor parecia mudar de acordo com o ângulo observado, como se tivessem vida própria.

O forte aroma delas tomou o barco e soprou calma para os dois. Teriam que entregá-las num convento em construção, perto de um pequeno município: Iulurá. Era presente de um senhor, Dom Lourenço, proprietário de uma exportadora de juta, ali mesmo de Manaus.

Loucura ter que entregar isso, pensaram os dois, quase ao mesmo tempo. Mas trabalho era trabalho, e o benfeitor estava pagando bem.

Depois de horas rasgando as águas, Junco cheirou o ar. Vem chuva forte, disse. Ordenou ao imediato recolher também um pouco de mercadoria deles que estava no convés para lugar mais seco: as laranjas, especiarias, licores e alguma munição.

A pancada de água veio forte. Ventania também chegou urrando. Os dois seguiam tensos. Pouco se via. Se a coisa continuasse assim, teria que lançar âncora, e torcer para que o rio não lançasse o barco à margem, pois já estavam num afluente estreito, sem chance de voltar para o rio de largas margens.

Foram testados por quase hora e meia, e os anos de aprendizado com Romero os livraram de perigo iminente. Até abriram a garrafa que

reservaram para volta, ali mesmo, para comemorar a saída das vestes da Maldita, da qual pensaram eles não terem medo; mas sem chance daquela vez: foi um bom tanto de cagaço.

Tomaram então duas ou três talagadas cada, até quase se abraçaram, expurgando paúra dos peitos. Estavam de volta. Com mais gana que antes, até.

Navegaram mais um pedaço de rio e logo encostaram o barco no pequeno atracadouro do local, qual levava até ao convento, depois aldeia e a vila. Junco não tirava da cabeça: morrer por umas laranjas? Era só o que faltava.

Descarregaram então duas grandes caixas delas; cada um com uma. Vamos acabar logo com isso e voltar o quanto antes pro grande rio, disse Junco na impaciência. Zé concordou. E lá se foram os dois, subindo a trilha até o convento em construção.

Uma freira os avistou e foi abrir o improvisado portão de madeira. «Boa tarde! Que milagre aparecerem! Recebemos o telegrama ontem, sobre sua chegada. Pensamos o pior com essa tempestade! Sou a Irmã Enrica! Entrem, entrem! Faz tanto tempo que nos foram prometidas essas laranjas! As crianças vão ficar maravilhadas!».

Sorriram às amáveis e eufóricas palavras da freira e puseram-se para dentro, dizendo, porém, que tinham certa pressa, pois o tempo não estava favorável. A irmã, de imediato, compreendeu e já os conduziu pelo jardim, qual estava uma bagunça, uma vez que a chuva enlameara quase tudo. O bom é que havia tábuas no chão, quais faziam a trilha até a sede, onde já estavam construídas algumas salas de aula, a pequena capela, secretaria e outras instalações.

A irmã queria levá-los até a despensa do refeitório, que ficava em lugar aberto, porém coberto. Cruzaram a área externa através de um corredor aberto. Quando foram adentrando o pátio interno do lugar, Junco, que ia bem à frente dos dois, ao chegar se encantou com a criançada, muitas descendentes de índios. Faziam uma merendinha vespertina, e via-se um clima todo harmonioso por lá.

Foi aí que ele distraiu-se por segundo e acabou pisando em falso entre a tábua e lama, escorregando e caindo com o traseiro no chão. A criançada disparou numa risada sonora, e dedos apontaram para ele. As laranjas todas foram ao chão, criando textura bonita de suas cores contra o vermelho da lama. Junco sentiu uma alegria na garganta, olhou para todos aqueles pequenos, de olhos puxados, que lá estavam, e, num reflexo antigo qual já achava ter esquecido e enterrado, pegou quatro laranjas e começou um show de malabares, para a alegria das crianças, que vibraram elétricos como raios de tempestade.

O ajudante, vindo logo atrás, ao ver o chefe fazendo algo que nunca imaginou pertencer às habilidades dele, também se distraiu, escorregou e foi ao chão, muito que do igual, como se tivessem combinado.

A criançada riu mais ainda. Riram como nunca haviam rido antes. Esborracharam-se de rir com as palhaçadas de Junco Trappenzio e Zé Bigorna.

Febre

TONI MORAES

Será que a voz é a primeira coisa que a gente esquece de uma pessoa? Eu não lembro como era o som que saía da boca do Rai, mas os negócio que ele falava, acho que isso eu nunca vou esquecer nem mesmo quando eu já tiver coroca, trocando o nome dos neto, que um dia Deus há de me dar, pelo nome dos vira-lata que crio desde pixotinha. Não. Difícil esquecer aquela ladainha toda sobre ouro, ganância, miséria e não sei o que lá, que ele repetia pra todo mundo. Faz tempo que eu vivo aqui, viu, e nesse tempo todo eu nunca conheci um homem como o Rai. Até que eu sinto falta de quando ele vinha pedir café na porta de casa. Era o único que tinha educação, porque esses homem de garimpo são tudo uns grosseirão, uns ignorante, é um pior de que o outro. De dia acham o ouro e ficam que nem doido, sobem e descem os "adeus mamãe" com toda a velocidade, mas de noite é que ficam doido mesmo, e perdem todo o dinheiro com quenga e birita, birita e quenga. Bando de leso. Mas o Rai não. O Rai teve azar mesmo. A culpa foi daquele jabuti. Eu disse a ele: Rai, tu não podes andar com esse jabuti no carro que isso dá azar. Ele não quis me ouvir. Taí... se estrepou. Não sei que diacho que o pessoal tanto gosta de comer esses treco tendo tanta galinha e porco por aí. Só deu pro dele. Bom, mas também quando é hora é hora, né? Que Deus o tenha acolhido nas graças de Nosso Senhor Jesus Cristo, amém, Senhor. Mas que eu avisei do jabuti, eu avisei. Meu pai que me disse isso. Meu pai era índio. Índio é que sabe das coisa. O Rai também sabia das coisa, mas das outras coisa. Ele não gastava o dinheiro com as quenga porque as quenga que gastavam com ele. Invejoso dele era o que mais tinha no garimpo. Ele era bom de achar ouro também. Pessoal arrodiava ele lá embaixo, muita gente conseguiu dinheiro assim, só urubuzando nos barranco. Ele nem ligava muito, dizia que a ganância é a estrada da perdição do homem, que tinha ouro pra todo mundo. Hum, hum, aqui a estrada da perdição é a PA-175, que dá bem de frente o quengaral da Dona Menina, o bar do Bené. O Rai não tinha a febre que esses homem têm, por que diacho ele veio parar aqui nesse inferno? Isso eu nunca entendi

e nem tive tempo de perguntar. Deus o tenha. Sabe o que a gente nunca esquece? O cheiro. O cheiro da pessoa é inesquecível. Ah, mas isso não esquece mesmo. O cheiro do Rai era bom. Cheiro de homem bom, sabe? De vez em quando eu me lembro. Ai, Rai, pra que tu foste inventar de levar esse maldito jabuti… Eu te avisei, homem. Sabe o que é pior? Eu tava lá no dia. Eu vi tudinho. Quando ele chegou com o bicho foi uma festa, os homem parecia que nunca tinha comido na vida. Ferveram o bicho ainda vivo, coitado, um negócio horrível. O jabuti foi da panela pra mesa, e a confusão começou mesmo quando abriram a carapaça do peito. Olha, eu vou te contar, eu já vi muita coisa nessa vida, mas a gana que os homem ficaram quando viram que a bichinha tava ovada… era um empurrando o outro pra comer aquelas bolinha amarela. Aquilo era mais ouro que o ouro que eles cavuca o dia todo. Só sei que quando eu vi a briga tava armada. O meia-praça roubou um ovo de um formiga, o formiga puxou o terçado, o meia-praça o trabucão. O Rai se meteu no meio, tentou acalmar os caboco com aquelas palavras bonita de inimigo é outro e não sei o que lá, mas já era tarde. O meia-praça atirou na sujeira, mas errou. O balaço pegou num cavador que nem tava participando do negócio. Nisso, o formiga se mordeu e desceu o terçado. E foi nessa que o Rai se ferrou. Quando eu vi, ele tava no chão, o sangue grosso empapando a camisa. Foi pescoço. Quando o terçado pega assim não tem jeito, não. Ainda levamos ele pra cidade, mas já era tarde. Morreu nos meus braços o Rai. Depois justiçaram o finado. Nunca mais se viu o meia-praça e o formiga por aí, dizem que foi o cavador que pegou o tiro de laranja e o irmão dele que deram chá de sumiço nos dois. Mas não foi não. Eu sei quem foi, mas não conto não. Sei que foi bem feito. Quem manda? Essa febre deixa esses homem tudo doido e quem paga o pato são os bons. O Rai era um homem bom. O único defeito dele era que não ouvia os outro. Eu avisei do jabuti, não avisei? Queria lembrar a voz dele, mas isso eu não lembro não.

O pássaro amaldiçoado

BRUNO BUCIS PEREIRA

Você já não suporta mais os boatos que correm pela vila como o assobio das águas: lento e constante. Você não entende bem as palavras que dizem sobre você, mas há algo de ameaçador nestes sussurros.

É um sacrifício ter que mergulhar as canelas neste igarapé de desprezo, os respingos de ódio e de água morta molhando seu sexo. É deprimente ouvir as vozes dos pescadores em animado diálogo na parte alta do rio. O que lhe sobra são apenas frases cortadas –«o bruxo que», «ele faz», «aqueles fumos»– e os peixes que eles, os que têm direito a ficar na correnteza, haviam desprezado e temperado com mijo.

Você volta para casa depois de todos. A rede frouxa balançando por entre suas pernas, as piabas tentando se libertar. Os demais pescadores carregam tucunarés obesos, mas que parecem ter aceitado docilmente o destino de serem alimentos dos grandes guerreiros. Você é peixe pequeno.

É quase lua e o fogo da sua casa não está aceso. Ninguém espera por você, que abre a porta do barraco com dificuldade. A sua é a única casa que fica trancada na vila, embora não tenha praticamente nada. Sua casa é um quebra-cabeças de placas de madeira, uma tentativa um tanto patética de conter o medo: tanto o seu em relação a eles quanto o que vem no sentido inverso.

Enquanto o fogo magro transforma a vida em comida e cinza, você olha os poucos objetos a seu redor, toda a herança de sua família e da história daquele lugar que foi sua casa e hoje é sua prisão. Se lembra dos demais, mas já não se lembra bem de como eram seus rostos. Tudo o que restou para você foi um apito e uma coleção de palavras sem significado.

Você lembra pouco da sensação do rapé de angico correndo em suas narinas como as brasas do boitatá. Há apenas uma vaga lembrança da língua

como se o idioma fosse um fruto entregue a você muito cedo, quando não podia ser compreendido e apodrecido muito antes de poder ser provado. Hoje só o chorume da língua ancestral escorre pela sua garganta. Você apenas balbucia coisas e não importa: você não fala com ninguém. Nem os deuses parecem mais querer ouvir o seu apito.

Seu barraco está longe das casas dos demais, mas o fogo deles é maior que o das estrelas e invade, mesmo a distância, a sua noite. Eles riem e suas bocas têm o perfume do peixe na brasa. Esse cheiro mal digerido entra por sua porta e, apesar do calor da noite seca, você o expulsa e fecha tudo. Fecha com trinco, como sempre.

Você decide dormir cedo já que não há muito o que fazer. Você sonha com o colo de sua mãe, aquela que conseguia virar uma linda arara com risos que você também pode rir, com a fumaça do tabaco, com o cheiro das ofensas, com sangue, com um bebê morto, com uma criança que não é sua, mas que é sua cara. Você sonha o tempo todo com o pássaro cinza.

BLAM.

Você acorda com um trovão que parte sua pequena casa ao meio. Um machado atravessa a madeira da porta e deforma o trinco. Você os ouve gritando em sua língua de branco coisas que entende pouco. Você reconhece ameaças soltas, as que antes já haviam sido dirigidas a você: morte, bruxo e culpa. Você se esconde entre suas pernas pois não há espaço para escapar naquela casa improvisada.

Com mais um chute e o mundo cai. Eles entram em sua casa carregando consigo a porta com o machado ainda preso nela. Eles gritam como se suas palavras fossem de fogo e, tão inflamável é a violência, o telhado da sua casa começa a se queimar. Você chora. Você chora de medo.

Um dos homens se aproxima e te puxa pelos cabelos para fora da casinha. A terra em que ele te arrasta parece ser feita de flechas, o joelho se esfolando na brita e no barro. Eles te puxam tão rápido e tão forte que você não consegue ficar de pé. As pernas buscam um equilíbrio débil, mas só

serpenteiam o chão marcando em desespero o caminho que sai da sua casa até o centro da vila.

As casas concêntricas apontam para a fogueira apagada. Lado a lado e em círculos, elas são uma muralha para que você se lembre que estará sempre de fora, mas ainda assim próximo o bastante para assumir os erros, sempre à mão quando se fala de morte, ou de culpa, ou qualquer motivo bobo pelo qual valha a pena bater em você.

No centro da praça, no umbigo do mundo, há algumas mulheres e elas têm quase a mesma cor que você. As índias roubadas, as que ganharam nome de branco, falam em um indignado português e se calam ao ver você sendo arrastado até elas.

As mulheres consolam a mais jovem delas, a que mais sofre. Ela sofre como você, como sofrem todos que acabam de ver ou que estão por encontrar a morte. De alguma forma, a dor que vocês sentem está conectada, mas você não entende o porquê.

A jovem mulher também não parece entender. Ela te faz perguntas com os olhos, mas o som que sai da boca dela é incompreensível. Você não sabe qual palavra usar, então escolhe uma do seu vocabulário curto: nẽu, nẽu. Você quer dizer que não sabe quem é o dono da morte e da culpa, mas que não é você. Você insiste: «nẽu, nẽu», como se todos ali já não tivessem escutado aquilo outras vezes.

Isso irrita a jovem mãe. Os olhos de dúvida dela vão ressecando. O rosto, até então preso pela dor, vai derretendo-se em uma careta de raiva. Os lábios se curvam para baixo e os olhos giram em direção à ponta do nariz. Ela, rainha de toda ira, se aproxima e lhe dá um tapa forte.

Suas bochechas ressoam e você fica desorientado. As outras mulheres seguem o exemplo da jovem mãe e também começam a se aproximar de você como onças famintas. Elas atiram-lhe as garras e gritam. Não importa mais o que você fez ou o que elas pensam que você fez. Agora você é o corpo da seca que acabou com as plantações no ano anterior. Elas enfiam as unhas em seu sexo e o dilaceram por cada um dos filhos que nasceram mortos na vila desde os tempos da aldeia e desde antes.

Os homens se juntam ao espancamento. Eles cospem em seu rosto para cobrar as canoas que o rio virou. Eles sobem em suas costelas e pulam seguidas vezes até parti-las para tirar o ar dos inimigos que os derrotaram em guerras distantes. As pedras que eles atiram em seu rosto, esmagando sua face, contorcendo seu nariz para dentro da boca, são para matar o espírito do assassinato.

Seus olhos estão turvos pelas lágrimas, pela dor que começou a desligar pouco a pouco seu cérebro. Mas você ainda é capaz de enxergar uma ave estranha voando no céu. Seus ouvidos sangram perfurados, mas você ainda parece ouvir o pássaro cinza-escuro. Ele gira em círculos ao redor do seu campo de morte, ele te abraça do ar.

É quando a jovem mãe retorna à sua visão. O ódio a faz maior, grávida das forças mais escuras. Em seu colo, embalada como um bebê, uma nova pedra, pontiaguda, cinza-claro. É a pedra que ela levanta, apresentando-a ao primeiro raio de sol da manhã. É a pedra da morte. Ela abre os braços e a pedra desce até seu rosto.

***

Dimas é curioso como todo menino dessas histórias de aventura. São histórias que ele não leu, mas que ouviu serem pronunciadas ao redor da chama preguiçosa que se prende no centro da vila. A fogueira agora é acesa só às sextas-feiras já que a maioria dos moradores têm seus próprios fogões, mas a avó gosta muito de lembrar do tempo em que eram todos mais unidos, «pregados pela temperatura», diz ela.

Dimas não gosta de aprender a pescar, como os outros meninos. Ele gosta é de ficar no meio das mulheres. Ele é mais confortável entre as saias, entre as conversas que são como um pano picotado que tem de ser remendado pouco a pouco conforme se ganham linhas novas. É muito mais difícil pegar uma história pelo rabo do que segurar um pacu com as próprias mãos.

O menino sempre teve o ouvido muito atento para as coisas que as mulheres contavam sobre a casa queimada no caminho da mata. Há muitas árvores ao redor das ruínas, algumas dão frutas muito bonitas, mas sempre

dizem que não se pode ir lá, que não se pode provar daquelas frutas amaldiçoadas que têm cascas cor de sangue. A casa do bruxo é como a chamam sem que nunca falem sobre ela.

As mães não gostam. As avós odeiam. No dia que a avó de Dimas soube que ele tinha entrado na casa amaldiçoada, ela deu um tapa na cara dele que fez com que as bochechas gordas tremelicassem feito gelatina.

Ela não entendia como era tentador morder aquela fruta estranha que parecia ter olhos, entrar naquela casa que parecia ser o coração da floresta. Era como se tudo aquilo fosse um corpo vivo e que estivesse chamando por ele. A avó não quis ouvir. Ela nunca tinha batido nele, era uma avó feita inteiramente de doces de cupuaçu e palavras amorosas, mas naquele dia ele apanhou feito homem.

Foi por medo, portanto, que Dimas não disse a ela que tinha encontrado um apito dentro da casa. Era um apito estranho, com duas pontas, como se fosse feito para ser soprado com duas bocas. Deveria ser alguma coisa que só as presas do monstro podiam transformar em música. Era o único objeto inteiro na casa. Era o tesouro mágico de um ser maldito como dos que só existiam nas histórias contadas na fogueira.

Dimas já tinha ouvido falar algumas vezes do bruxo que morava na vila. Eram uma porção de monstros como ele no começo, com a pele vermelha e falando de feitiçaria. Aí chegaram os pais dos nossos avós e tentaram ensinar os monstros a falar e a plantar e a pescar e a rezar direito, mas eles não conseguiam aprender. E ficaram bravos com os pais dos avós de Dimas até que tentaram matar todo mundo.

Mas nem todos eles eram maus, tinham os que eram covardes também e traíram o próprio povo. Os que queriam destruir tudo fugiram, e os que eram covardes ficaram, mas a presença desses foi amaldiçoada pelos que partiam. Esse conflito começou a trazer muitas desventuras para a vila: as plantas secaram, os peixes fugiram e levaram consigo a chuva. Tudo andou para trás. As coisas não davam certo por culpa dos monstros e os pais dos avós de Dimas já não queriam mais eles ali.

Então os monstros começaram a diminuir. Uns escaparam, outros morreram de doenças misteriosas, que só afetavam eles e que seus feitiços não curavam. Eles secavam de dentro para fora, ou se enchiam de bolhas, ou ficavam com feridas só de você olhá-los. Foram sumindo até que sobrou só o bruxo da casa da floresta.

Falar dele deixava todo mundo bravo ou silencioso, como se a maldição que ele carregava continuasse viva no nome. Dimas ouviu poucas vezes e não se lembrava bem o nome dele, Matinta, talvez. Ou Matinta era o nome do tipo de monstros que eles eram? Ninguém lembrava direito ou era isso o que respondiam quando ele perguntava.

Dimas era curioso, porém. Ele disfarçava que não estava ouvindo, mas tentava capturar mais informações sobre a criatura. Quanto mais baixos os tons de voz entre as conversas, mais ele crescia o ouvido. Primeiro, ele entendeu que havia uma vergonha, que algo tinha sido feito para que a casa fosse abandonada. Depois, ele conseguiu perceber que havia medo nas conversas. Um medo de morto que era diferente do medo de morto comum por que até as avós sentiam.

O menino pensou na reação que sua avó teria ao vê-lo ali com aquele apito na mão. Tinha muita curiosidade por tocá-lo, descobrir quais eram os poderes mágicos daquele instrumento, mas tinha medo de ser encontrado pela avó. Então, no dia seguinte, ele disse que ia pescar com os outros homens, mas andou bem devagar para ficar longe o bastante para que ninguém visse a beleza do apito.

Ele coloca aquele graveto ossudo na boca e assopra, bem baixinho. Não sai som nenhum. A música está muda. Ele tenta mais um sopro, mais forte. Nada. Dimas tampa uma das saídas de ar com o dedo e sopra novamente. Parece que não vai sair som nenhum de novo, mas quando ele levanta um pouquinho o dedo, quase guardando o apito no bolso, o grito corta o ar.

O barulho é muito breve, um instante de som, mas é agudo o bastante para ressoar em cada folha da floresta, amplificar-se nos veios d’água e no chão de terra batida. O som corre toda a superfície como uma cobra gigante

e anda por todo o ar em um segundo como um pássaro muito veloz. O barulho rasteja, voa, nada, cavuca.

O barulho sangra os ouvidos de Dimas, agora parcialmente ensurdecido. Ele ainda é capaz, porém, de ouvir uma última coisa, o ápice agudo do apito, quando a própria floresta ressoa nos ouvidos dele perguntando: «você quer?». O menino só queria que o barulho passasse, que fosse menos dolorido, faria o que fosse preciso. Então Dimas sente as veias se tornando lava, derretendo tudo que ele tinha para dizer, beijar e respirar no futuro. A pouca letra que lhe resta é das palavras que já estavam resguardadas na ponta de sua língua e que não caíram na destruição. «Eu quero», responde Dimas.

Os homens voltam correndo procurando a origem do som. Desorientado pelo silêncio dolorido, Dimas não tem tempo de guardar o instrumento. Todos veem o estranho apito nas mãos do menino. Todos sabem que é dali que veio o som assustador.

Um dos pescadores mais velhos toma o instrumento das mãos do garoto e quebra-o com pisões determinados. Escapa uma fagulha de som que havia se preservado dentro da madeira, um sussurro, um choro. Os homens, como todos os pescadores, são supersticiosos. Eles sabem que aquele choro final do apito não é pelo próprio fim. O instrumento chora pela vida de todos aqueles que o ouviram. Estão condenados.

***

Eu vi o pássaro nos dias seguintes aos que a terra se abriu em desespero. O primeiro há tantos anos que eu havia quase esquecido. O segundo agora.

Meu neto estava estirado no colchonete, cada vez pior. Seus olhos não conseguiam se manter abertos muito tempo, mas ele era curioso, sempre foi. Forçava a vista a ganhar foco, tentava acompanhar os detalhes do próprio sofrimento. A expressão dele de medo, porém, não me despertava compaixão. Deus que me perdoe, era meu neto, mas a forma que o pavor retorcia o rosto dele, os músculos enrugados e tensos, aquele não era o jeito do Diminhas, era a cara do… Minha Nossa Senhora de Nazaré.

Então o pássaro apareceu e eu tive certeza do que tinha acontecido e do que podia acontecer. O bicho ficou parado diante de nossa casa, reinando na árvore e sem tirar os olhos da janela em que meu netinho estava deitado. Parecia um papagaio, talvez um pouco maior, com penas em todos os tons de cinza, como se tivesse acabado de sair da brasa. O barulho que ele fazia era tão repugnante quanto o do apito.

Cinquenta anos atrás eu vi aquele mesmo rosto, aquela mesma mistura de curiosidade e medo que se repetia no rosto do meu neto. Um dia depois daquele dia eu vi aquele mesmo pássaro, cantando como um coral satânico no enterro da minha primeira filha. Era o mesmo mal. Exigia a mesma solução.

Me lembro bem do horror de ver a minha filhinha morta, Amora, um bebezinho cor de caju, tão lindo, com os olhinhos fechados, os lábios fechados em uma linha e um sorriso vermelho aberto na garganta. Estava completamente cinza a Amora, sem uma gota de sangue no corpo, envolvida em uma cama de folhas de tabaco recém-colhidas. Eu gritei muito mais alto do que aquele apito, mas o grito vazou pelo corte que estava também na minha garganta, eu tão morta quanto a minha filha. Eu nunca mais consegui falar ou rir sem sentir um arranhão por dentro da boca.

O pássaro me observa e eu vejo como Dimas sofre para respirar. O corpo dele se deteriora ainda mais quando a ave consegue ficar por perto. Os demais já perceberam isso e tentam enxotá-la. Atiraram contra ela até gastar toda a munição da vila, mas não conseguiram atingi-la nem uma vez: essa arara negra é feita de fumaça.

Ela se empoleira no batente da porta e me olha. É tão cinza quanto a noite sem estrelas, a que só tem nuvens. Eu poderia tentar bater nela com o pano de prato que está em meus ombros. Poderia usar a pedra que trava a porta para golpeá-la, mas nem tento. Sei que esse pássaro não é real. A vida inteira nessa vila é um delírio: nunca fomos daqui, os verdadeiros moradores ainda estão infectando os subsolos com sua presença. As árvores daqui serão malditas enquanto aqui existir. Não adiantou matar todos

aqueles que nós matamos: os feitiços estão também no nosso sangue. A herança é nossa.

Só quem tinha pés de tabaco próximos de casa na nossa vila era o Matinta. O último de sua laia. Meu marido e os outros homens montaram o quebra-cabeças assim que viram o corpo de Amora. Não havia tempo para esperar. César já saiu de casa com o machado nas mãos. Morreu anos depois vítima de um acidente com aquele mesmo machado. Como eu pude não me dar conta da ligação disso?

Matinta enganou a gente até o momento final, fingindo ser um demente, cuspindo palavras e deixando a língua escorrer por entre os dentes. Eu só entendi depois, só no enterro, quando a arara negra surgiu, eu entendi o que ele queria. Ele precisava do sangue da minha filha para invocar o pássaro, para transmitir a nós a maldição que finalmente se completava com o apito do meu Diminhas. A Vila do Pereira é a capital do inferno, o portal que aqueles pagãos criaram e que a muito custo nós conseguimos fechar. O Matinta do Pereira havia reaberto os caminhos e era preciso prender de novo aquela porta.

Matar um homem foi a coisa mais difícil que eu fiz na vida. Não me arrependo da dificuldade que foi levantar aquela pedra e esmagá-la no rosto daquele assassino. Faria tudo de novo todos os dias, para garantir que o bem prevalecerá. Eu tinha dezesseis anos quando o Matinta matou minha filha e eu matei ele. Agora, uma missão ainda mais difícil se apresenta a mim. Mas tudo depende de eu ter coragem.

Se o pássaro queria ficar ali, vendo, que fosse. Eu me levanto da cama com dificuldade e acendo o meu cigarro. A fumaça do tabaco acalma Dimas, ele dorme suave, a boca dele é uma linha cansada no rosto. Eu vou até a porta do quarto e pego a pedra. Enquanto eu a levanto bem alto, a porta, agora solta, recebe um golpe de vento e se fecha com um baque surdo. Está fechado.

O índio que ganhou na Loteria

ESTÊVÃO BENFICA SENRA

Lá no Norte, o trabalho é no regime trinta-quinze. Trinta dias no mato e quinze dias na cidade. Sempre em movimento, sempre andando de uma aldeia para outra. Você fica de três a quatro dias em uma comunidade e depois se desloca para outra, e vai assim até fechar o circuito do distrito.

Quando se fala de Amazônia aqui, as pessoas pensam em rios largos e imensidão de floresta. Mas não é bem assim. Onde eu trabalhava mesmo tem uma parte que mais parece Cerrado. Em alguns lugares é até mais limpo que um Cerrado. Uma espécie de campo, coberto de graminhas verde-claras, que se entende por um mundo de colinas cortadas por buritizais. À medida que você sobe as serras, a floresta reaparece. Uma mata escura e fresca, quase sem cipós. Nela descem rios estreitos cor de Coca-Cola, cheios de corredeiras, onde apenas os índios conseguem navegar. Para chegar na primeira aldeia era preciso pegar um pequeno avião monomotor.

A equipe de odontologia éramos somente eu e minha assistente, a Rose, que apesar de um pouco distraída no ofício, era uma ótima companheira de viagem. Em todos os postos de saúde por onde passávamos, ela era recebida com festa. Primeiro, por que ela realizava infalivelmente uma espécie de compêndio do noticiário para os técnicos de enfermagem, que estavam há dias sem receber novidades do restante do Brasil, e segundo, por que ela fritava os melhores bolinhos-de-chuva de todo o norte amazônico.

Em uma dessas entradas em campo, enquanto preparava seus quitutes, Rose começou a narrar o seu tão esperado boletim. Eu me divertia com a sua performance e o tom sublime de sua interpretação. Ela encadeava a sua «voz do Brasil» na ordem que lhe parecia mais atraente, começando pelos suspenses da política brasileira e concluindo com as fofocas regionais,

como as festas de quinze anos, o concurso de Garota Matrinxã, e as viagens à Curaçao dos figurões da capital. Nesse dia, a cereja do bolo foi o prêmio da Mega-Sena, que um rapaz do Jardim Floresta tinha ganhado sozinho.

A ideia de que alguém tão próximo havia subitamente se transformado em um multimilionário fascinou os espectadores e rapidamente o nosso simpósio derivou para um desfile de elucubrações sobre como seria a nossa vida caso o prêmio tivesse caído na nossa conta bancária.

Rose foi a primeira a narrar a sua vida de estrela. Ela consistia em uma verdadeira maratona de luxo em lojas imaginárias de Miami e Nova York, na companhia da mãe. Descrevia a cena como se realmente desfilasse pelas ruas e bulevares americanos. Ia de uma ponta a outra da cozinha, equilibrando o prato com os seus bolinhos-de-chuva, como se fossem sacolas de compra e, eventualmente, tomava um gole de chafé, como se bebericasse uma taça de champagne.

No embalo de Rose, Mirtes tomou a palavra. Ela estava tão excitada, que sua mania de piscar os olhos enquanto fala parecia ainda mais exagerada. Ela contou que, se fosse a ganhadora, contrataria um trio elétrico com um show da Ivete Sangalo. O trio partiria do centro cívico em direção ao prédio da Secretaria de Saúde, onde ela pegaria o microfone emprestado e pediria demissão em alto e bom som, enquanto o coordenador do Distrito Sanitário olhasse para a aquele carnaval na frente da sua janela, desejando se esconder como uma avestruz. Em seguida, Mirtes voltaria para o Maranhão e passaria o resto da sua vida comendo camarão na beira da praia. Os bolinhos-de-chuva mais uma vez se integraram à performance, mas agora representavam os frutos-do-mar que a enfermeira evocava.

Marcos Paulo, o outro técnico de enfermagem do posto, também quis dar o seu depoimento. Ele, porém, aplicava uma sóbria entonação, como se não estivesse para brincadeiras. Disse que usaria o prêmio para viajar pelo mundo. Ponderou que seria uma bobagem ter tanto dinheiro e viver em um lugar só. Nem mesmo uma casa ele teria. Moraria em hotéis como o Keanu Reeves. Quando se cansasse de Paris, viajaria para Roma, depois Londres, e assim indefinidamente. Disse, ainda mais sério, que talvez enviasse dinheiro para os pais e os irmãos em Manaus, mas só se eles tivessem

planos que valessem o investimento, como fazer faculdade ou abrir um novo negócio.

Chegou então a minha vez. Eu, assim como os outros, imaginei um futuro radicalmente diferente da vida que o meu diploma de odontologia em Alfenas permitia. Mas, para soar pouco óbvio, falei de Sudeste Asiático, festivais de rock na Califórnia, museus, uma coleção de guitarras e aulas de surf em Bali.

Vendo a hora passar, mas ainda cheios de entusiasmo, decidimos desligar o motor-gerador do posto e ir dormir para aproveitar, no embalo do sono, um pouquinho mais daquele saboroso porvir que a loteria nos oferecia. Enfim, sonhar com uma outra vida.

No dia seguinte, pela manhã, enquanto Rose esterilizava o kit de remoção de tártaro e eu preparava as fichas de consulta, Pantaleão, o Agente Indígena de Saúde, que nos auxiliava nos atendimentos, se aproximou e disse que também havia ganhado na loteria. Ou melhor, que ele, assim como nós, havia sonhado com o prêmio. Contou que acompanhou a conversa do posto na noite passada, e que quase não conseguiu dormir com aquela ideia pulando na sua cabeça. Passou a madrugada escrevendo em seu caderno uma lista com coisas que compraria com o dinheiro da Mega e só assim adormeceu.

Eu, claro, fiquei curiosíssimo para saber a lista de desejos do meu colega indígena e pedi que ele a descrevesse em detalhes. «Se eu ganhasse na Mega-Sena –começou– eu compraria três Papatangos. Um para buscar as coisas que eu quero na cidade, outro para a comunidade, e outro para ficar de reserva. Toda vez que eu fosse abrir roça, eu pediria ao piloto para ir buscar aqueles peixes grandes de Boa Vista, tipo tambaqui ou dourado, para fazer damurida. Se estivesse faltando pimenta, igual às vezes falta, eu pediria para ele comprar também. Eu compraria um freezer e um motor-gerador para tomar água gelada. Compraria mosquiteiros da Colômbia, como os que os Ye'kwana usam. Compraria aquelas lanternas que vendem em Lethem e também as placas solares que têm nas lojas de lá. Muita miçanga. Um motor 15 HP. Talvez três, igual ao Papatango. Linha de pesca, anzol, chumbada e sandálias. Você acha que daria também para construir um hospital com o dinheiro? Um hospital pequeno? É que não gostamos

quando mandam as crianças doentes para a cidade. Seria melhor que atendessem elas aqui mesmo, junto da mãe, de todo mundo».

Eu olhei para ele e respondi: «Um pequeno, eu acho que sim». Durante a conversa, à medida em que ele apresentava a sua lista de vontades, eu mapeava a paisagem da aldeia e materializava cada uma das coisas que ele dizia no seu devido lugar: os aviões na pista, o hospital substituindo o posto, o motor-gerador chacoalhando, e as pessoas voltando da roça com suas panelinhas de damurida. Me pareceu estranho que o cenário do índio milionário fosse tão próximo àquele que ele e eu já estávamos tão acostumados. Então perguntei: «Mas, Pantaleão, a sua vida de rico não parece ser muito diferente da vida que vocês levam aqui, não é?».

«É verdade», ele respondeu pensativo.

Quando ele parecia querer elaborar uma nova ideia, uma bola de futebol desenhou um arco entre a pista de pouso e o posto de saúde e o acertou bem no meio das costas. Os pequenos jogadores que provocaram o acidente saíram correndo às gargalhadas para se esconderem em suas casas.

Ele virou-se para os meninos e ralhou com eles por dois minutos na sua língua materna. «Mure ëri! Mure ëri!», era tudo o que eu conseguia entender, o que quer dizer qualquer coisa como «menino levado, menino levado!». Em seguida, voltou-se para mim e concluiu: «Acho que eu compraria também uma máquina de ralar mandioca».

Vicinal Água Boa

GABRIEL DE SOUZA ALENCAR

Tem gente que acha que Amazônia é só floresta e onça. Tolice. Venha pra Boa Vista pelo menos uma vez e vai perceber que esse lugar é bem mais do que os clichês que você ouve nos jornais. Na capital de Roraima você experimenta o lavrado de perto. Basta pegar um carro e, quinze minutos depois, você já está no lavrado. É bem perto. Às vezes perto até demais.

Eu saí de Boa Vista na sexta-feira a noite, rumo ao sítio de uns conhecidos. Era o aniversário de um amigo e passaríamos o fim de semana por lá. Eu peguei a BR-174, sentido sul, e entrei na primeira vicinal à direita, logo após a curva da Serra Grande. Nesse dia eu precisei fazer hora extra e já eram quase dez da noite quando entrei na estrada de terra.

Acostumado com o trajeto, liguei o rádio e deixei a música tocar até onde o sinal alcançasse. Depois era só silêncio, poeira e as estrelas. Como falei, eu já tava acostumado; mas a estrada merece seus cuidados. A piçarra na pista é um perigo quando se está em alta velocidade. Além disso, tem algumas curvas perigosas que, se o cara não estiver atento, cai no barranco.

Desacelerei pra atravessar uma das várias pontes de madeira na estrada e ouvi o rádio: «E agora, meu amigo, minha amiga ouvinte, com vocês as melhores do Flashback Anos 80!». Eita coisa boa! Passada a ponte, aumentei o volume e encostei a cabeça no banco. Tem algo sobre o lavrado que não dá pra explicar em palavras. Você tem que viver aquilo. É a música nos ouvidos, o vento nos cabelos e o céu estrelado enchendo os olhos. Dá uma sensação de preenchimento, de completude, de infinitude. Sim. Às vezes parece que o lavrado é infinito.

Eu rodei com essa felicidade no coração até a hora que o sinal do rádio falhou e o chiado característico me deixou apenas com a memória das músicas. Eu desliguei o rádio e olhei pro relógio. Mais uma meia hora e eu chegava. Vish, a essa altura a cachaçada já tava rolando solta. Eita,

cambada. O dia fora cansativo e eu estava com fome, mas em breve chegaria a recompensa.

Eu acordei em meio a uma nuvem de poeira. O carro destroçado. Da minha cabeça pingava alguma coisa. Levei a mão ao líquido. Era sangue. O mundo estava todo de cabeça pra baixo. Não, eu estava de cabeça pra baixo. Meu corpo doía muito. Tudo rodopiava, tinha um zunido nos ouvidos. Tirei o cinto e bati a cabeça no teto do carro. Rastejei pra fora do carro pela janela, com uma pontada aguda nas minhas costelas. Minha cabeça tava girando.

Senti a garganta seca, a poeira ainda estava alta. Tossi e me afastei do carro. Uma árvore impedira que eu rolasse barranco abaixo. Eu me arrastava quando ouvi o som de um carro se aproximando. Não tive dúvidas. Levantei me doendo todo e fiz sinal de ajuda. Graças a Deus alguém passava por ali, sexta-feira era um dia movimentado pros sítios.

O carro diminuiu a velocidade e veio me acudir. Um rapaz e uma moça, ambos na casa dos 20 anos, saíram preocupados:

—Amigo, amigo, você tá bem? –ele tentava dispersar a poeira pra ver melhor.

—Meu Deus, amor, ele tá sangrando! –a mulher levou a mão à boca.

—Caramba! Regina, vê se teu celular tá pegando, liga pra alguém!

—Tá, tô indo –ela voltou segundos depois–. Amor, não tem sinal. E agora?

O homem me olhou com piedade. Eu ainda não conseguia atinar como tudo aconteceu. Eu nem estava com sono! Olhei ao redor e não havia nada nem ninguém. A escuridão só era quebrada pelo farol do carro. A infinitude do lavrado que eu tanto apreciava, agora me oprimia. No perigo, eu não tinha para quem ou onde recorrer. Usei toda a força pra levantar e me aproximar dos salvadores. Mas então veio a escuridão.

Acordei com a dor nas costelas e o sacolejar do carro. Chovia forte. Senti algo pressionando minha cabeça. Um pano amarrado evitava que mais sangue saísse. Eu estava no banco de trás do carro, o cinto de segurança me segurava no lugar. Enquanto isso, o casal conversava:

—A gente precisa levar ele pra lá.

—Amor, não, agora não. Primeiro a gente precisa resolver o… –ela viu movimento no banco traseiro– Ah! Você acordou.

—Olá, eu… –ainda estava tonto–, onde estamos? O que está acontecendo?

—Cara, você teve um baita de um acidente –disse o homem ao volante, me olhando pelo retrovisor–, não sabemos nem como foi que você sobreviveu. A gente tá voltando pra Boa Vista, pra levar você pro hospital.

—Ah… Nossa, muito obrigado. Meu carro, ele…

—Perda total, amigo, sinto muito.

—Não, está tudo bem, eu ainda… –então percebi que não estávamos na mesma estrada–. A gente tá onde agora?

—Ah, tivemos que fazer um desvio –ele continuou–, uma das pontes de madeira cedeu com essa chuva. Estamos pegando um caminho alternativo.

Eu fiz um meneio com a cabeça que me deixou tonto. A mulher ficou em silêncio, suas mãos não paravam quietas. Ela parecia nervosa. A chuva intensa diminuía a visibilidade e aumentava a escuridão da estrada. O vento fustigava as janelas do carro.

—Amor, vai devagar, que a piçarra tá solta.

—Sim, eu sei.

Eles falavam baixinho. Não sei se era pra eu não ouvir. Ainda com muita dor, decidi que não queria dormir de novo, precisava ficar no controle da situação. Muitas dúvidas surgiam. Resolvi puxar conversa:

—Olha, desculpa atrapalhar os planos de vocês. Meu nome é ***, eu estava a caminho do sítio de uns conhecidos, eles devem estar me esperando por lá.

Soltei a indireta de que minha ausência seria notada. Mas a resposta veio rápida:

—Ah, assim que a gente chegar em Boa Vista passamos uma mensagem pra eles então. A gente também tava indo pra um sítio passar o final de semana.

—Isso, pra chácara da minha avó. Ia ser um final de semana só pra nós dois –disse a mulher. Mas logo em seguida calou-se, como se arrependida do que disse. O olhar duro do marido repousava sobre ela. Ficamos em silêncio por um tempo. Então o homem disse:

—Meu nome é Alfredo e essa é minha namorada, Regina.

—Obrigado de novo pela ajuda. Não sei o que teria acontecido se vocês não tivessem aparecido. Foi um verdadeiro milagre.

—Realmente! Uma coincidência e tanto.

Não sei em que momento eu peguei no sono. Meu corpo inteiro clamava por descanso e acho que não consegui aguentar. Quando eu acordei de novo, estávamos parados. Regina estava no banco da frente, calada e séria. Alfredo, do lado de fora do carro, pegava alguma coisa no porta-malas. Eu me mexi e disse:

—O que está acontecendo?

Regina tomou um susto ao me ver acordado. Ela olhou pra mim com olhos arregalados, mas logo retomou a compostura:

—Tivemos um pneu furado. Alfredo foi pegar o macaco e o estepe.

—Puxa, que azar!

—Pois é. O senhor ainda está sentindo muita dor?

Eu me sentei melhor no banco e percebi que minhas costelas doíam menos. Na minha cabeça, a faixa não machucava mais. Eu não tinha como ter certeza, mas achei que o sangramento tinha parado também. Pra um acidente como aquele, até que eu estava bem inteiro. Que bênção.

—Já estou bem melhor, pra falar a verdade –respondi–. Obrigado.

Naquele momento percebi que ainda estava com muita fome e sede.

—A senhora teria um pouco de água?

—Ah, sim, claro.

Ela pegou uma garrafa térmica no chão a seus pés e uma sacola com alguns copos descartáveis. Serviu a água e me deu. Tomei de um gole só.

—Quer mais?

—Não, obrigado –a verdade, no entanto, é que eu ainda estava com muita fome, mas não queria abusar. O carro já estava inclinado, conforme Alfredo procedia à troca do pneu furado. Não vou mentir e dizer que não achei aquilo tudo estranho. Era muito azar um pneu furado. Olhei pela janela, mas não dava pra ver nada. Estava nervoso, mas o que eu podia fazer?

Alfredo e Regina pareciam ser pessoas comuns, mas hoje em dia nunca se sabe. No interior a gente ouve muitas histórias. Especialmente sobre acidentes a noite. Eu ouvia a voz dos meus amigos falando sobre gente que se reunia nos sítios pra fazer todo tipo de coisa, sobre rotas de tráfico que passavam por aqueles campos, até relatos de coisas que não pareciam humanas. Os desgraçados gostavam de me assustar. Mas eu não podia me concentrar naquilo.

Tentei calcular o horário, mas minha noção de tempo estava toda bagunçada. Com certeza o pessoal no sítio já tinha dado falta de mim.

Alguns minutos depois Alfredo entrou ensopado no carro. Regina pegou uma toalha de rosto e lhe entregou. Ele se enxugou o melhor que pode.

—Obrigado, Regina.

—Não há de quê –ela fez um gesto na minha direção–. Nosso amigo acordou.

—Ah, mas que bom! –ele se virou para me ver–. Como está se sentindo?

—Já estou bem melhor –respondi–, obrigado pela preocupação.

—Você tem uma saúde muito boa!

—É a minha dieta –e meu estômago roncou de fome.

—Então é isso aí –ele afivelou seu cinto–. Que noite, que noite! Bora ver se finalmente a gente toca essa joça pra frente. Vamo que vamo.

Deu partida no carro e seguiu a estrada. A esta altura, o que não era piçarra era atoleiro. Alfredo precisou diminuir bem a velocidade para garantir que não houvesse outro problema no caminho. Ele seguia com cautela. Havia uma tensão no carro que eu não sabia explicar. Eu detesto o silêncio, ainda mais quando estou com outras pessoas. Por instinto, pedi:

—A gente pode ligar o rádio?

Eles se entreolharam. Alfredo fez que sim com a cabeça e Regina ligou o rádio. Apenas o chiado. Ela mexeu no mostrador, tentou sintonizar alguma coisa, mas sem sucesso.

—Desculpe, mas não pega sinal.

—Tudo bem, obrigado.

De repente tive muita vergonha. Ali estavam dois anjos da guarda que salvaram minha vida e eu só conseguia pensar em mim mesmo. Não tive respeito nenhum pela privacidade deles. Eu era um intruso ali e ainda queria fazer demandas. Nossa, que ridículo. Se tinha uma coisa que eu precisava fazer era ficar quietinho no meu canto.

A chuva diminuiu e me toquei de uma coisa: se a gente tava se aproximando da cidade, porque o rádio não pegava? A estrada já estava boa, Alfredo rodava com certa velocidade, estávamos indo rápido. Depois de tudo que rodamos já não era pra ter algum sinal?

A escuridão da estrada abraçava o carro e eu me encolhia no banco de trás. Nessas horas a gente começa a pensar tudo. Naquela semana eu tinha ouvido uma notícia sobre desaparecimentos nas vicinais; corpos mutilados que eram encontrados à beira de estradas. A gente ouve essas coisas e nunca dá bola. Mas de repente tudo muda de figura. A minha cabeça ainda fervilhava, quando:

—Ai meu Deus! Meu Deus! Alfredo, cuidado! Cuidado!

Regina gritou desesperada e eu olhei pelo para-brisa dianteiro: uma cutia enorme cruzava a estrada e ficou bem na frente do carro. Alfredo virou o volante de uma vez, o carro derrapou na piçarra molhada. Saímos da estrada. Rodamos sobre lavrado, os arbustos batendo no fundo do carro então uma parede cinza surgiu bem na nossa frente. Uma pedra enorme. Senti o baque e o cinto de segurança apertando minhas costelas de novo.

E aí tudo mudou. Meus ouvidos zuniam com o som da batida. Eu estava desnorteado. No banco da frente, Alfredo e Regina estavam desacordados. O impacto fora grande demais e eu vi que eles estavam feridos. Precisei de alguns segundos pra absorver o que estava acontecendo.

Tirei o cinto devagar, tentando controlar meus movimentos, mas meu corpo tremia.

Que sorte de dia, hein? A ironia da situação formigava em mim. De repente eu tinha ali duas pessoas desacordadas e eu, ferido, sem poder levar elas pra lugar nenhum. O carro estava acabado, certeza que ele não ligava mais. Mas que diabos de lugar é esse? E de onde veio essa pedra? Espera! Uma pedra grande! Eu sabia onde estávamos!

Esse lugar era um ponto de referência numa curva que levava pra outra vicinal. Era a última curva antes de chegar no sítio do meu amigo! Olha só! Na escuridão não reconheci o caminho. Se o que o casal falava era verdade, era aqui que eles dobrariam para pegar a BR lá em cima, já perto da cidade. De qualquer modo, isso era boa notícia: estava perto dos meus amigos.

Eu saí do carro para conferir a pedra e a estrada. A chuva agora era só um chuvisco e eu não me importava de me molhar diante da esperança de salvação. Examinei a situação. Tinha algumas árvores baixas por perto e resolvi colocar uns galhos na pista, pra que, caso alguém passasse, visse o acidente. Fiquei surpreso como minha condição física já estava excelente, me sentia muito bem. Tudo isso fruto das bênçãos que eu usufruía.

Logo que terminei, me toquei que estava em plena madrugada, na escuridão, no meio de uma estrada no interior de Roraima. Na mesma hora me arrepiei, olhei ao redor como se tivesse ouvido ou visto alguma coisa. Pensei bem e resolvi que a melhor coisa a fazer era esperar no carro, se eu visse algum farol se aproximando, eu saía.

Mas, apesar do cansaço, sede e fome, o dia realmente estava a meu favor. Aguentei meia hora daquele silêncio maldito. Cada galho que mexia, cada lufada que carregava uma folha, cada inseto que pulava no carro, tudo atraía minha atenção. Eu estava alerta. Ouvi o ronco de um motor se aproximando e vi um farol. Era minha chance. Desci do carro e fui pro meio da estrada. O carro vinha devagar e parou quando me viu. De dentro dele, desceram meus amigos. Estava salvo.

Alfredo e Regina balançavam no banco de trás enquanto eu conversava com meu amigo.

—E foi assim que você me encontrou ali.

—Que história, ***! E esses dois foram o casal que te ajudou?

—Sim, eles mesmos.

—E os dois estão desacordados?

—Estão desmaiados, a batida na pedra detonou os dois.

—Cara, você deu sorte demais. Só pode ser um sinal.

—Meu amigo, quando eles apareceram pra me salvar, eu tinha certeza que não estava sozinho e cada passo meu seria abençoado.

—Verdade, verdade – ele olhou de soslaio pro banco de trás e falou, preocupado–. Ei, mas eles não correm risco de morrer não, né?

—Tá louco, claro que não! Eu não ia deixar isso acontecer, né?

—Sim, claro! –ele sorriu–, esqueci com quem estava falando.

Meu amigo ainda falava quando Regina acordou. Tava na cara que ela estava bem perdida.

—Ah, olá! –eu disse.

Ela tentou responder alguma coisa, mas a mordaça na boca não deixou ela falar. Foi nesse momento que ela também percebeu que suas mãos estavam amarradas. Ela começou a gritar e espernear, os olhos fixos em mim, que a mirava do banco da frente. Com o barulho, Alfredo acordou, zonzo, e não conseguiu atinar a situação, eu via a confusão nos olhos dele. Sorri. Então ele viu Regina amarrada, talvez o filete de sangue que ainda escorria da têmpora dela o tenha deixado ainda mais nervoso e começou a gritar e tentar se soltar. Quanta tolice.

Meu amigo tirou a cerveja do isopor e me ofereceu:

—Mais uma antes de começar?

—Nem brinca, eu tô azul de fome.

—Tamo junto.

Nós seis colocamos nossas máscaras. Eu já imaginava e saboreava cada etapa: primeiro os dedos, depois os olhos. A língua, só se quando arrancasse viesse com bastante sangue. Afinal, era hora do banquete.

Nas Raízes da Nostalgia

GABRIELLLY HANNALY DE JESUS COTTE

Uma vez o homem desceu nas terras e tomou conta delas, andaram pelas florestas e nomearam quais que eram as árvores mais benéficas, certa vez o homem domou o povo livre, ouviram-se os algozes de uma nova oportunidade de fazer cidade no meio do mato, conservar seus costumes, usar dos meios, atingir os fins e sanar seus próprios anseios.

Eu vi os primeiros homens calçados de botas encontrarem outros homens sem vestes e sem sapatos, eu vi um homem com traços no rosto pintados encontrar outro homem de cara limpa e jeito diferente, vi um homem que carregava as armas na cintura e vi outros que brandiam suas lanças em nome da cultura, pode parecer estranho o encontro chocante de duas almas no mundo errantes e eu vi as duas, vi o homem de botas gritarem em nome do futuro e vi o índio tentando explicar que o futuro era muito mais do mudar, devastar e conquistar.

Pude ver o auge das duas eras entre a conquista do homem pelo homem, entre a resistência da identidade contra a evolução, assisti inúmeros momentos dignos de comoção, posso confidenciar que vi muitos homens que gritavam por justiça ao pisar nos cadáveres da conquista, depois de um tempo sentirem o gosto amargo da falta de recíproca, vi esses mesmos homens depois de um tempo a mais baterem no peito, velhos cansados sujeitos e gritarem o quão injusto era a vida terminar daquele jeito.

Vi muitas lágrimas de jovens cansados, senti o gosto do suor dos homens que trabalhavam dia e noite na floresta e vi muitos homens perderem a vida para as feras, que apenas estavam com medo de outras feras mais mortais, e eu presenciei o ápice da floresta, vi movimento e serras, vi pessoas de cantos do mundo que nem imaginava, vi que alguns seres humanos mudam como o tom das folhas no outono, inverno e primavera, vi que as cores da pele são como as cores da selva e de sua terra.

Fiquei maravilhada e chocada umas tantas vezes que nem ao menos consigo contar quanto tempo foram todos aqueles meses, até que certo dia um homem de penas, rosto pintado, pés descalços, colocou em meus galhos um jovem homem menor, que não sabia falar, era como os filhotes das feras só que ainda mais indefeso que elas. Vi mais atrás um homem e uma mulher, talvez os pais do filhote, estavam com o rosto cobertos de lama e suores, as mãos pegajosas do que logo reconheci, branco como leite, espesso e valioso, sangue honroso de minhas irmãs, era o que eles chamavam de látex da borracha, aquela discrepância sanguinária, assisti umas tantas irmãs perderem muito mais do que a vida, perderem a cor de seus galhos, a forma de suas folhas e suas pequenas flores, vi que nenhuma delas queria ser mais sadia, porque nas palavras do homem que calçava botas, quanto mais sadia e jovem mais elas jorram, mais látex delas chove. Eu estava tão velha, casca grossa e morta, minhas raízes estavam cada vez menos profundas e cada dia mais tortas. Deve ser por este motivo que nos meus anos pude assistir o crescimento de tantos homens e também seus danos. O filhote parou de chorar e o vento sibilou entre nós, quis muito que pelo menos aquele pequeno par de olhos pudesse ver o que não se vale a pena matar, devastar e conquistar, então lhe ofereci meu último broto aos seus olhos, confiei naquela criança a visão da esperança da mata, o conhecimento das seringueiras e a verdadeira beleza da recíproca verdadeira.

Há quem diz que a história de um homem que se preza é aquela onde ele engole o orgulho e conquistam à honra, alguns preferem acreditar que o mais honroso dos homens foi aquele que não debandou na causa, continuou seguindo nela, mesmo que fosse completamente perdida.

Está é uma história breve de um homem contado pelos contos da vida, sem honra e com muito orgulho de esbanjar tudo o que não tinha e não valorizar o tanto pouco que ainda detinha aquele que precisou conhecer pelas mãos sujas de terra, que nada nessa vida perdura nos longos tempos de secura que encalçam o caminho daqueles que não aprenderam a semear ternura e precisaram arrancar com as próprias mãos as raízes fundas de sua própria ingratidão. Se a história seguisse tal enredo seria como se fosse um conto sobre os homens do mundo inteiro, entretanto uma diferença

significou a mudança de muitos pontos neste conto. Começamos pelo nome de um homem tão homem como qualquer outro em qualquer canto:

Zé Hernandes Dias Matreiro, era aos 15 anos um ótimo seringueiro, andava as matas da Amazônia e sabia só de olhar as vestes das árvores quais detinham melhor látex pra mandar lá para as cidades. Todo mundo queria trabalhar com o moleque trambiqueiro, que trocava a informação dos próprios olhos por um quinhão da produção, menino esperto, sempre rumando o futuro, guardava bem nos olhos o seu pão e o seu lucro.

Os pais de Zé foram criados no seringal, trabalhavam dia e noite sob sol e sob a lua, junto com mais de cem homens, dava até para contar a par uma árvore para cada um. Antes do nascimento de Zé sua mãe ficou doente, corpo fraco e cansado muito trabalho para pouca gente, não havia mais recursos para comprar nenhum remédio, pois o pai de Zé, seu Requião Ernesto, tinha mais dívida no armazém do que realmente poderia pagar, então a lua mingou e o sol veio forte. No meio do trabalho seu Requião é chamado aos gritos no fundo da mata, pois Zé não mais esperava e iria vir ao mundo bem ali em plena terra vermelha e galhos de seringueira. Preocupados com a situação os homens levaram Zé e a esposa para o cacique da região, os índios eram arredios com os homens em vista da história, mas o coração de índio e homem bate igual no mesmo lado do peito e por isso acolheram seu Requião Ernesto e a mulher naquela condição. Então meia hora para as quatro da tarde, horário da prosa após o trabalho, bem na hora dos seringueiros largarem o ponto e trocarem os de instrumentos com outros homens mais atentos, para o próximo turno começar, ouviu-se lá de dentro da floresta um choro de criança nascida ecoar. O cacique pegou Zé no colo e apresentou para a árvore mais antiga da floresta, colocou o pequeno menino em seus galhos e esperou, quem sabe assim ele seja mais abençoado, depois disso em dívida com a tribo, seu Requião Ernesto, que não era homem de calote ficou por lá mesmo com sua mulher, servindo o cacique e ensinando para ele os modos dos homens e aprendendo com ele os modos dos índios. Viveu ali até o menino crescer, aprender na tribo o que tinha de aprender e é isso que a história conta sobre Zé Hernandes Matreiro que tem seu primeiro nome porque era nome bom para um homem e ao segundo sua mãe que escolheu e o terceiro foi apelido

dos homens da cidade que sempre ousavam falar de sua tamanha sagacidade.

Uma vez fora questionado enquanto auxiliava o senhor Ricardo, dono da fábrica de borracha lá longe em cidade grande, que ficou curioso sobre o garoto errante e passou a visitar o seringal de modo a inspecionar, encontrou Zé falando com a árvore, pedindo licença para retirar seu látex e depois fazendo carinho no pequeno buraco de onde jorrava o branco joia do Estado:

—Ei garoto! O que está fazendo?

O menino matreiro se afastou da árvore pedindo licença, veio até seu Ricardo e encarou bem seus traços, para então responder:

—O que o senhorio que sabê?

—Por que estava de conchave com uma árvore?

—O senhorio não sabe que as árvores tem sentimento? Tem que pedir licença, olhar se pode tirar delas e se puder aí que se tira!

—Tira o que?

—Ué! O negócio branco que vai pras cidades, o senhorio não sabe? Se sai da árvore é porque é dela, e se vai pega tem que fala…

Seu Ricardo, desconfiado e querendo fazer graça com a criança, tirou o chapéu e fez referência para a árvore ao lado, cumprimentou um de seus galhos, dizendo:

—Querida dama, permita-me?

E fez sinal para que um de seus homens fosse até aquela seringueira, mas o menino entrou na frente e sério como gente grande, disse ao senhor em tom menos amigo do que estava antes:

—Senhorio não vai querer tirar dessa não, essa é pequena e viveu pouco, não vai te dar muito e nem com gosto. Elas num gostam de

machucado quando jovem até porque não vai ter muito para se dá!

Seu Ricardo deu uns paspalhos na cabeça de Zé Hernandes, para ele sair do caminho, então o seringueiro veio vindo e Zé cruzou os braços em tom de reprovação! Três gotinhas de látex após três dias de espera foi o que saiu, e o seringueiro ficou bravo, disse asneira para a seringueira e pegou um machado para cortar toda a sua madeira. Zé entrou na frente de braço aberto, explicando que estava certo e de nada adiantaria fazer mais madeira, porque já tinha um monte empilhado perto do armazém, passou a mão na árvore, pediu desculpa pelo desastre, cochichou maldades sobre seu Ricardo e aquele homem, que era um pau mandado. Zé se virou para o seu Ricardo e disse que aquela árvore estava magoada, que esperasse até que fosse mais velha e daria três vezes mais látex em troca de sua vida, longa, de modo a receber muita chuva e sol, pois umidade era prato cheio na Amazônia. Depois de uns anos foi dito e feito: à árvore deu muito mais lucro e rendeu muito mais borracha, e Zé, que era Mateiro por natureza, na época fez pacto com seu Ricardo, dizendo que se caso a árvore depois do tempo dado oferecesse mais do que três gotas de látex, ele queria ser o encarregado de toda a extração da floresta. Dito e feito! Zé virou chefe e seu Ricardo até hoje jura de pé junto que os galhos das árvores balançaram com as risadas de Zé Hernandes quando o plano deu certo.

Depois de um tempo viraram compadres Zé Hernandes e seu Ricardo, e até entre uma prosa e outra surgiu uma pergunta solta:

—Zé, porque deixou a tribo dos índios e veio para o seringal?

O que se sabe é que Zé ficou sério por um tempinho, disse que um certo padrinho confiou nos teus olhos para seguir o caminho e lidar com as árvores da floresta, disse também que todo ano no seu aniversário o cacique faz uma festa, mas se isso é verdade ou só conversa, ninguém nunca ficou sabendo.

Nosso Zé, com trinta anos, formoso e cheio de vida, com todas as suas economias e sem dividas no armazém, comprou um cantinho de terra, bem no centro da floresta, de modo a fazer sua casinha e ficar perto das amigas, que eram todas as árvores vizinhas. Comprou briga com uns cem homens e depois lhes ensinou a cortesia de lidar com a mata, de sempre se fornecer

boas palavras a cada mera pequena retirada, alguns homens viam Zé como um líder, outros como um louco e uns tantos tinham inveja do lucro e da confiança que seu Ricardo lhe aprouvera.

Com trinta e dois anos Zé desposou a filha mais nova de seu Herculano, que era um promissor ex-militar aristocrata interessado em investir nas matérias primas da mata, a filha que viera de São Paulo não quis ficar na simplicidade da casa de Zé e insistiu para que ele derrubasse um quarteirão de árvores e construísse uma mansão, digna de uma esposa e seus pesares. Então Zé foi pedindo com licença e obrigado para cada árvore que tomou o espaço, no entanto nenhuma delas entendeu e muito menos ofereceu resposta, foi um silêncio prepotente na floresta, onde cada árvore caia ouvia-se o barulho de sua queda até a última folha tombar rumo ao chão.

Passou-se um tempo e os lucros iam rendendo os olhos sobre a mata crescendo e Zé cada vez mais sendo pressionado, por qual motivo não cortava as árvores daquele lado? E o que tem árvore morrer jovem? Se bem que para extrair látex não se mata árvore nenhuma, ela apenas jorra ali um pouco e depois fica "tudo bem", e Zé tentava explicar que o temperamento de uma árvore zangada não era assim algo muito fácil de se lidar. Eis que o primeiro filho de Zé nasceu, Augusto Carpinteiro Dirceu, seu primeiro nome foi dado pelo padre de batismo e o segundo pelo avô que queria ver o neto rumar nos negócios da família, e o terceiro mesmo dizem que foi capricho da mãe, com seu estudo sobre "deuses gregos". Para celebrar Zé fez uma festa na floresta, chamou todos os companheiros, compadres e comadres, chamou até mesmo seus subordinados, só esqueceu-se mesmo era de ter chamado as árvores, que silenciosas assistiram a festa, viram os homens queimar muita lenha na fogueira e depois assistiram a morte de uma fera para encher barrigas alheias. No fim da festa, um novo investidor estrangeiro vem com uma ideia:

—Senhor Zé Hernandes, queremos expandir o ciclo da borracha e concretizar a *Belle époque* amazônica!

Zé não entendeu muito bem o que havia de acontecer, mas pressionado pela esposa e pelo sogro acabou por ceder às ideias da evolução da bela época, que segundo as vozes mais inteligentes traria modernidade para toda

aquela gente. E esse foi só o começo da modernidade na Amazônia, Zé ficou feliz, pois chegou a pensar que a importância da seringueira para a exportação de borracha iria enriquecer o tratamento com mata, porque Zé pensava que o homem haveria de valorizar o lugar de onde retirava o pão para enriquecer sua nação.

No entanto se um "boom" econômico fez nascer à prosperidade rapidamente, a mata se viu tomada pela cidade. Pessoas de vários cantos do mundo indo rumo ao seringal, construindo vilas nos leitos dos rios, crescendo floresta adentro. O que não se via acontecendo era o tal o respeito para com a terra, as árvores, seus rios e leitos. Houve muita morte desnecessária, e por morte diz-se mesmo as das árvores e seus esqueletos jogados a esmo, sendo muita madeira desperdiçada e nada usado com o apreço de quem agradece a retirada.

Muitas pessoas diferentes, madeira e borracha levada para fora do continente: o crescimento era bom para todo mundo menos para a floresta, que pagava o preço para aquela festa. Zé Hernandes já não tinha mais saliva e nem palavras para agradecer a toda mata e ninguém mais lhe dava ouvidos aos conselhos sobre como se retira o melhor látex e como se consegue da madeira o melhor proveito. Achava-se que ele era um louco, um sujeito sem jeito. Sua mulher o maltratou certa noite expulsando-o de casa, apenas porque ele contestou todas suas roupas de peles naquele calor, perguntou a ela se valeu o preço da vida das feras apenas para enriquecer seu guarda roupas. Ela não gostou nada disso, deu uns berros, chutou a porta e falou mal até mesmo o canto dos pássaros a sua volta, mandando Zé caçar seu rumo e que nunca mais tocasse no assunto. Depois disso Zé Hernandes é que foi chamado de louco, mais louco ainda do que antes.

Zé embrenhou-se no meio da floresta invadida pelas luzes da cidade, que roubou espaço, matéria prima, que levou até mesmo a gentileza das pessoas. Uma bandida que trouxe desordem para a mata e a vida de Zé Hernandes Matreiro, que de matreiro mesmo já não tinha nada. Foi então procurar o cacique ou a aldeia, queria conselhos sobre toda aquela baboseira, as árvores não mais o atendiam, ninguém mais ouvia suas palavras, não havia mais cortesia, não havia risadas, não havia mais nada. Eis que então perdido entre galhos, terra, musgo e pedra viu-se uma clareira

cheia de novos bebês seringueiras e sentiu-se orgulhoso, pois alguém havia as plantado de modo honroso. Ficou tocado e de tão cansado e ofegante caiu no pé de uma única árvore grande, ele olhou para os galhos e percebeu que aquela já era uma velha senhora. Tocou em seu tronco e ficou feliz de saber que haviam poupado à árvore grande e idosa por tanto tempo: «Você deve saber muito. Há de ter visto muita coisa nesse mundo!».

A árvore, que já estava em sono pesado há muito tempo, foi acordando lentamente, ouvindo a voz do ser humano em sua mente. Resolveu que deveria responder mesmo que ele não fosse ouvir ou entender palavra alguma. Balançou seus galhos como a boca humana profere palavras:

«Já vi muita coisa neste mundo, já senti contato de homem com bicho, homem com árvore e homem com homem, em ambos os casos um lado sempre perecia, mesmo que fosse o próprio homem. Este campo completo de novos ramos de árvores seringueiras foram produtos da conquista da Amazônia brasileira e da ganância do homem por fazer riqueza e dinheiro de forma desorganizada e sem receio em desperdiçar a matéria prima retirada. Eles plantaram novas árvores na busca por mais látex e se esqueceram das inúmeras espécies que aqui habitavam antes de tudo se tornar um só, porque o homem tem contador de moeda nos olhos e não vê a beleza além da própria riqueza que se pode extrair de sua natureza.

Agora já é um pouco tarde. Antes os homens dependiam das árvores para fazer dinheiro, eles vinham até aqui e se auto proclamavam seringueiros, mas agora com as máquinas na cidade o dinheiro não precisa mais da mão de obra do homem para se fazer e o mesmo desprezo que relegaram as matas eles hão de receber, perdendo um a um suas casas e seu pão, vendo a inutilidade do trabalho de suas próprias mãos e percebendo quão pequenos são perante a evolução. Talvez alguns destes homens entendam que a floresta sentiu-se assim por tantos anos e nada pode fazer por si própria, não conseguiu se salvar sozinha, virou interesse do homem, foi objeto nas mãos dos homens e também foi deixada maculada pelos homens. Assim como o dinheiro, que primeiro interessou aos homens, por segundo fez do trabalho do homem seu objeto e no fim com as máquinas, desprezou o homem, sua força, seus sentimentos, sua personalidade. O homem também foi floresta, tomada, usada, relegada e a única diferença é

que o homem tem pernas e pensa, pode ir para longe do que lhe faz mal, enquanto a floresta permanece aqui, tentando crescer e se reconstruir, torcendo para nenhum homem vir. Mas eles sempre vêm, destroem o que querem, plantam o que desejam, colhem o que almejam e vão embora deixando a terra nua».

Zé abriu os olhos e vislumbrou os galhos balançantes da velha árvore, e isso a fez lembrar-se de um fato. Parou por um momento seu balançar, sentiu suas raízes a se eriçar e retribuiu com a narrativa do fato, aquele olhar:

«Antigamente onde agora há o plantio da ambição humana, havia a tribo de um cacique que ousou apadrinhar uma criança a uma árvore e uma árvore a uma criança e aquela foi a primeira vez que confiei a um homem minhas esperanças. Não tenho pernas para saber se foi útil meu feito, mas tenho a crença forte de que aquele sujeito deve ao menos ter tentado ser um homem diferente. Não me lembro de seu nome, apenas sei que ele não era como os outros ainda que fosse filho de gente».

Dizem que quando uma árvore começa a contar-lhe uma história, podem se passar até mil anos para que se chegue ao fim. Não se ouviu mais nada sobre Zé Hernandes Matreiro. A última coisa que se sabe é que ele foi embora com o tal padrinho, mas agora onde e quando foi isso é uma história para se pensar depois. Ainda se escuta criança agradecer quando pega manga no pé ou flor em galho e se isso acontecer diz-se que aquele broto passado aos olhos de Zé foi fragmentado aos olhos da humanidade, e somente aqueles puros de coração terão a oportunidade de enxergá-lo e o dever de dar ouvidos caso uma árvore contar-lhe uma história. Porque as árvores são velhas únicas e sábias senhoras.

Uma inesquecível noite na selva amazônica

JOBER ROCHA

Ninguém saberia dizer como aquela notícia, da vinda e do pouso de uma nave com extraterrestres, chegou à pequena cidade de Orixamirin, no interior da Amazônia, as margens do Rio Xingu, em uma tarde ensolarada do mês de maio; mas, o fato é que ela se propagou como um rastilho de pólvora entre os seus pacatos moradores, gente humilde e trabalhadora do campo.

A notícia surgiu inicialmente em uma conversa informal no Bar do Landi, imigrante de origem italiana, residente no local desde muitos anos. Dali ela caminhou para a igreja, onde, naquele exato momento, se realizava uma missa pela alma do fazendeiro Juvêncio, falecido em queda do cavalo enquanto cavalgava bêbado de volta para a sua fazenda. Da missa a notícia seguiu para o bordel local, conhecido como Casa da Dolores, onde o assunto foi motivo de especulações entre os frequentadores, bem como, de dúvidas por parte das moças que ali trabalhavam. Dentre estas dúvidas, a primeira e principal era saber se os extraterrestres frequentariam ou não aquele local mal afamado. A segunda, caso a primeira se confirmasse, era saber quais as suas preferências femininas. A terceira era imaginar em qual moeda pagariam as despesas e a cotação dela com relação a própria moeda local.

Da Casa da Dolores a notícia seguiu célere para a Loja Maçônica da cidade, onde foi objeto de comentários, por parte do Mestre de Cerimônias, durante o Tempo de Estudos e, em razão de haver se tornado motivo de inúmeras discussões acirradas entre os aprendizes, companheiros e mestres, o Venerável viu-se obrigado a encerrar a sessão daquela noite de segunda-feira com um único e rápido golpe do malhete. Os leitores maçons, evidentemente, entenderão melhor todo este processo.

Como a maioria das pessoas mais influentes da cidade fazia parte da Maçonaria, a notícia logo estava em todas as casas, destas se espalhando rapidamente para os cortiços e para os casebres da periferia.

No dia seguinte apareceu uma nota no pequeno jornal local, Orixamirin News: «Telegrama recebido dos Estados Unidos da América do Norte confirmou a iminente descida, em Orixamirin, de uma nave tripulada por extraterrestres, originária de distante constelação. Segundo a agência de notícias americana, os interesses dos alienígenas são totalmente pacíficos e visam, unicamente, a estreitar os laços de amizade com os habitantes de Orixamirin, gente ordeira e trabalhadora, cuja fama de serem boas pessoas já ultrapassou o nosso Sistema Solar e atingiu os mais distantes rincões do Universo».

O Conselho Municipal, imediatamente, se reuniu para traçar uma estratégia de como fazer para recepcionar tão distintas personalidades, viajantes estelares cheios de saber, conhecimento e experiência.

A primeira medida foi selecionar a Comissão de Recepção, que seria constituída pelas famílias do prefeito, do juiz, do promotor, do delegado e pelo padre da igreja matriz. Alguns abastados fazendeiros se ofereceram para adquirir, por alto valor, alguma vaga ou desistência de última hora.

A segunda medida foi elaborar um programa de atividades e de visitas ao município e seus arredores. A inauguração da nova creche, a visita à lagoa dos jacarés, uma caçada de antas e capivaras, além do tradicional mergulho nas águas profundas do Rio Xingu e a pesca da piranha, faziam parte da programação.

A terceira foi definir um local para o pouso e mandar construir uma pequena pista e uma sede onde as altas autoridades e os viajantes pudessem se confraternizar, beber da aguardente local, trocar presentes e saborear alguns quitutes preparados por Dona Cotinha, descendente de mãe índia do alto Xingu, de pai garimpeiro paraense e viúva do antigo médico da cidade. Os habitantes locais, no entanto, não contavam com o fato de aquela nota do jornal haver extrapolado as fronteiras do município e ter atingido outras cidades vizinhas.

Pouco tempo depois, inúmeras carroças puxadas por bois e burros, viajantes a pé e a cavalo, bem como ribeirinhos em canoas e barcos a motor, começaram a chegar à sede do município, lotando os dois pequenos hotéis e o galpão nos fundos da igreja matriz.

O prefeito já havia mandado fazer uma placa de bronze a ser colocada em local de destaque: «Os extraterrestres, em reconhecimento à excelente administração do prefeito Zequinha na Prefeitura de Orixamirin, decidiram visitar o município durante o seu mandato, para colher subsídios sobre como bem administrar uma pequena comunidade, de modo a poderem levar novos conhecimentos de Administração Pública para a Galáxia e para o Sistema Solar de onde vieram».

O padre, baseando-se na iniciativa do prefeito, também havia mandado fazer placa para colocar nas proximidades do altar-mor: «Neste ano da graça, viajantes extraterrestres oriundos do espaço sideral, tendo tomado ciência das palavras proferidas pelo padre Josias no púlpito da Igreja Matriz de Orixamirin –quando este falava sobre a existência de um messias, na antiga cidade de Jerusalém, que pregava a existência de um Reino dos Céus–, vieram diretamente daquele referido Reino dos Céus para confirmar ao ilustre povo deste nosso município, como a mais absoluta das verdades, tudo aquilo que, até então, havia sido dito pelo venerado padre Josias».

A Associação dos Estudantes de Orixamirin, capitaneada por dona Dorinha, diretora da escola pública local, iniciou a confecção de diversas faixas e cartazes de 'benvindos' a tão distintos visitantes: «Os estudantes de Orixamirin saúdam os ilustres visitantes extraterrestres e pedem o fim da discriminação planetária!», «Queremos fazer intercâmbio cultural e estagiar no planeta de vocês!», «Pela gratuidade no transporte intergaláctico!», «Pelo fim do lixo espacial!».

Alguns dos bares da cidade lançaram novos pratos e diferentes drinques, apelando para a inusitada notícia, que atraía turistas até aquele distante município. Assim, anunciavam: Filé à Extraterrestre –filé com arroz, fritas e um tempero secreto de origem extraterrestre–; Sopa de Poeira Espacial –grãos de poeira espacial, ervilhas e torradas produzidas pelo atrito na atmosfera terrestre–, e Batida Estelar –cachaça, suco de meteoro e gotas de orvalho, batidos no vácuo–.

Pelas ruas da cidade foram sendo instaladas diversas barraquinhas, cujos proprietários pareciam orientais e os produtos que vendiam assemelhavam-se àqueles originários da China. Havia naves espaciais que apitavam e acendiam luzes coloridas, foguetes que soltavam fumaça e disparavam raios luminosos, máscaras de seres extraterrestres, etc.

O Governador do Estado do Amazonas, cuja sede do governo ficava na Cidade de Manaus, adiantando-se ao prefeito do Município de Orixamirin, enviou de avião monomotor uma equipe da capital, para montar o sistema de som, o palanque e as arquibancadas, pois pretendia fazer um discurso de saudação aos visitantes e tentar obter deles algum recurso financeiro, à fundo perdido, para obras que marcariam com chave de ouro o final do seu mandato de governador.

Na Cidade de Brasília, Capital Federal, a notícia do Orixamirin News também havia chegado, por intermédio de um assessor parlamentar de um deputado que retornava das férias em casa de parentes naquele longínquo município. Logo, formou-se uma comitiva de deputados e senadores que, desejosos de comparecer ao evento, prepararam uma 'Moção de Boas Vindas' e pretendiam conceder a todos os extraterrestres a 'Comenda do Mérito Parlamentar Interestelar', criada especificamente para agraciar tão nobres visitantes.

O Presidente da República, também alertado, só não iria ao histórico acontecimento em razão de compromissos internacionais inadiáveis, ademais de pane no avião presidencial.

Em poucos dias o município regurgitava de gente. Os alojamentos e acomodações eram insuficientes para tantas pessoas. Muitos dormiam nas calçadas, sob marquises. Alguns trouxeram barracas e as montavam próximo ao local onde seria efetuado o pouso da nave.

O discurso que o prefeito faria acabou vazando para a imprensa e, pelo que foi divulgado no jornal local, começava assim: «Caríssimos, idolatrados e magnânimos seres de outras galáxias. Nesta benfazeja ocasião em que pautado pelos mais nobres sentimentos de fidalguia, de fraternidade, de cordialidade e de admiração me dirijo a vossas excelências espaciais...».

Em um mutirão incessante, as ruas eram varridas, as paredes caiadas, as árvores podadas, o lixo recolhido. O delegado e alguns agentes faziam incursões na periferia, para deter os poucos e conhecidos ladrões de galinha que viviam pelas aforas da cidade.

Finalmente, chegou o grande dia, previsto não se sabe por quem, para a descida dos alienígenas. O pouso se daria por volta das vinte horas, no local demarcado. Enorme multidão aguardava, na hora aprazada, a chegada da nave. As principais agências espaciais, do mundo inteiro, embora desconfiadas de charlatanice, haviam enviado seus observadores e as moças da Casa da Dolores jamais tinham tido tantos clientes pagando em moedas fortes: dólares, euros, rublos, ienes e yuans.

Minutos antes das vinte horas, uma agitação percorreu a multidão. Alguém afirmara haver visto uma luz se movendo no negro céu de Orixamirin. Alguns apontavam para o norte, outros para o sul. Fotógrafos e cinegrafistas preparavam suas câmeras e flashes. Infelizmente, tinha sido apenas um boato falso.

Chegaram as vinte e uma, vinte e duas, vinte e três, vinte e quatro horas, e nada dos extraterrestres aparecerem. Começou a ventar e a esfriar e, por volta das duas da madrugada, caiu um forte aguaceiro, obrigando a maioria dos presentes a se dispersar. Muitos voltaram para suas casas ou para seus quartos nos hotéis. Os que estavam nas barracas, após consumirem diversas garrafas de cachaça, dormiam a sono solto. Alguns, mais religiosos, ajoelhados e molhados pela chuva, oravam, tremendo de frio.

Em pouco tempo, já não restava mais ninguém naquele local. Garrafas e latas vazias, sacos plásticos, jornais e revistas, caixotes e restos de comida atirados ao solo, atestavam que a raça humana ainda não estava preparada, culturalmente, para o contato com deuses oriundos do espaço e pertencentes à outra raça, talvez milhares de anos, mais evoluída que a nossa.

Os únicos que viram a grande nave iluminada, sobrevoando baixo o lugar do pouso, foram um cavalo que pastava e um gato, caminhando por sobre as telhas de um telhado em busca de uma gata. Tendo a nave, com quatro visitantes extraterrestres em seu interior, feito duas passagens baixas

quase tocando o solo e não encontrando ninguém no local, velozmente, sobrevoou o Rio Xingu retornando para a imensidão do espaço sideral de onde viera.

Os rios têm pedras

MARIA DE LOURDES PRATA GARCIA

O apelidado de Anhanguera ia à noite espiar a taba. De onde estava, na margem direita do rio, enxergava boa parte da aldeia. Escondia-se de sua tribo porque tinha muito medo deles, na mesma proporção de que eles tinham medo de sua presença.

Certa vez atravessara o rio a nado, no escuro, aportando perto da oca do morubixaba, aquele que tomava conta das necessidades de seus comandados. O pajé, líder espiritual, também apareceu, vibrando com força seus chocalhos coloridos, sinal de alerta máximo, de invasão dos domínios aborígenes. Os passos silenciosos do estranho pelo areão haviam sido denunciados por latidos nervosos dos cães sentinelas.

Tupã deve ter acordado com tantos gritos de guerra, de pavor, de susto, de alerta, de admiração.

—O Anhanguera! O Anhanguera!

—Cunhãs, não tirem os curumins nem as cunhantãs das redes!

—Guerreiros, cuidado com seus protegidos!

—Os valentes venham junto, a capturar o Anhanguera!

Muito rápido, como um bicho assustado, o rejeitado mergulhou de novo no rio, alcançou a margem oposta à ocara, subiu lépido pela encosta lamacenta e, chorando como um bebê, foi se arrastando para longe para reassumir a solidão imposta e obrigatória.

Por causa desse episódio, apenas ficava olhando, olhando, enquanto coaraci brilhava no céu esquentando a selva, acompanhando a vida de seus irmãos indígenas. Desconfiava que saíra da barriga da mulher do pajé,

cunhã sempre rodeada por muitos pequenos e a quem vigiava com mais atenção quando a via construindo artefatos de cerâmica e de palha das palmeiras.

Lembrava-se ligeiramente de alguém o colocando em cima de uma jangadinha de bambu, para flutuar nas águas límpidas da Iara.

A jangada que carregava o menino de doze luas seguira viagem levado pela corrente, até aportar numas pedras fortes do leito, impedindo-a de se arrebentar na cachoeira tenebrosa do fim do mundo. Ali mesmo, uma moça bondosa o adotou e alimentou sempre com peixes fresquinhos assados na brasa; assim crescera. A linda moça tinha os cabelos longos, quase até os pés, sempre molhados, escorrendo. Suas vestes lembravam a água ondulante. Sentia-se bem com sua atenciosa assistência, pelo menos uma vez em cada claridade. Aos poucos, enquanto crescia, ela aumentava o intervalo entre as visitas.

Ouvia perfeitamente as vozes descontraídas das lavadeiras na beira do rio, da algazarra dos curumins mergulhando, pois lhe permitia aprender o idioma nheengatu, em vez de ficar arremedando ou imitando grotescamente os animais, principalmente os macacos com os quais convivera, ruídos de arapongas, cantos de tizius, de sabiás, de ventos atiçando as árvores.

Gostava de ver seus iguais na aldeia, em danças para o céu derrubar chuva, com dançarinos enfeitados por penas lindas e raras de aves coloridas. Ele tinha uma porção delas no mocó e as guardava para afastar desgraças, principalmente das formigas gigantes, que poderiam comê-lo vivo. As penas tinham o poder mágico de evitá-las, tal qual o cacique ensinava aos pequenos.

Ele vira e ouvira os gritos de algum castigado por roubar coisa dos outros. O ladrão era açoitado por um algoz escolhido pelo chefe.

Se uma cunhã saísse a passeio amoroso com outro guerreiro que não seu companheiro, este poderia matá-la, se quisesse. Se ela lograsse se refugiar em casa do pajé, seria hóspede protegida até que seu marido aplacasse a ira, indo buscá-la.

Do lado de cá, o rejeitado Anhanguera assimilava os costumes tribais. Aprendeu a fabricar o fogo, vendo de tão distante a fagulha saindo de pedras esfregadas entre si até ver a fumacinha subindo da palha seca, aumentada com gravetos e depois sustentada com ramos e achas de lenha. Que satisfação sentiu na ocasião de assar os peixes do rio no fogo e na quentura de outro Coaraci! Ia o mais distante possível para evitar a fumaceira que poderia anunciá-lo junto aos silvícolas inimigos, seu próprio povo, todos tendo as duas orelhas na cara. Andava como cobra quando perde a peçonha, sorrateiro e silencioso até o seu local seguro.

Um dia descobriu por quê fora abandonado: nascera com falta de uma das orelhas, aquele pavilhão cheio de dobras que até os bichos têm; feiura horrorosa! Caso a cunhã da barriga o mostrasse à tribo, teria que enterrá-lo vivo conforme o costume, para não deixar que o espírito mau recém-nascido habitasse os campos onde viviam. Por isso, o escondera na floresta, numa toca segura, dando-lhe a chance de sobreviver. Em cada anoitecer, ela ia ao encontro de nascituro para os cuidados necessários. Depois que o menino aprendera a andar, escapando da toca, poderia chegar à taba, se denunciando. Então, ela foi confeccionando com esmero e paciência, a jangada de junco e bambu. Na hora da decisão, cobriu o filhinho com folhas de bananeira e atou o pequeno embrulho com fios de cipó verde maleáveis à jangada flutuante.

Com o passar do tempo, Anhanguera compreendera a boa intenção da mãe, pois havia presenciado alguns enterros de pequenos infelizes, o que o levava a chorar, pensando em sua igual desventura, da qual sua cunhã da barriga o salvara.

Olhando sua imagem refletida no espelho das águas, sentiu pena de si mesmo por ser tão diferente e assim, foi se conformando de conviver com animais, plantas e pedras radiantes que também colecionava, se achando indigno de conviver com a tribo de origem. Com as pedras foi construindo um caminho precioso que vinha da relva e acabava na sua entrada, entrada de uma cabana que aprendera a edificar com o joão-de-barro. Imitou-o direitinho: amassava barro com pequenos gravetos, cuspe, pedacinhos de

cipó, dando liga com as mãos conforme via as artesãs de cerâmica fazendo no terreiro. A pequena porta precisou ser aumentada várias vezes, permitindo que entrasse e saísse com folga do abrigo.

Certa vez tentou fazer para si uma orelha, mas não dera certo, não grudava, logo despencava da cara. Quando descobria algum animal morto, tentava assimilar a orelha, mas nunca dera bom resultado; às vezes até lhe provocava risos.

O Anhanguera crescia bastante em tamanho do corpo e entendimento das coisas. Mantinha-se rodeado de papagaios e araras, mas se identificava com as aves verdes que falavam com ele. Ensinou-os a pronunciar: ubatuba, maranduba, jequitibá, jerimum, açaí, e mais uma porção de palavras. As araras eram belas, mas gritavam muito, e só aprendiam a-raaa-ra, por isso a preferência pelos mais falantes.

A enorme cachoeira do fim do mundo tocava a melodia que afastava o silêncio durante o tempo de coaraci e no tempo da treva. Sempre. O barulho nunca se desligava. Seu único ouvido era aguçado à beça e aumentava em dobro qualquer som da floresta, da cachoeira e de tudo o que farfalhava pelo céu, inclusive o panapanã das borboletas amarelas quando se tornavam adultas e antes de produzir os ovinhos. Daí, pegava algumas penas vermelhas da coleção e abanava-as para longe de seu abrigo confortável.

Seu cabelo negro como a noite sem estrelas e liso como o despencar da cachoeira disfarçava a falta da orelha. Algumas vezes se admirava nas águas para se enxergar menos feio sob o longo cabelo.

Muitas luas aconteceram, enquanto Tupã o protegia das suçuaranas com filhotes, das picadas das serpentes, das formigas gigantes e das abelhas. Quando algo de ruim acontecia, ele mesmo fazia pajelança com as penas mais coloridas da coleção e as pedras que brilhavam. Sua testa ardia, seu corpo suava como uma cascata fervendo, mas sarava, ficando cada vez mais forte.

Não se acreditava como Anhanguera, mas sim como um bom guerreiro e guardião da cachoeira do fim do mundo; por isso, resolveu se dar um

nome que também ensinaria aos papagaios. Pensou e pensou, esqueceu de pensar, lembrou, pensou, até que escolheu: Zoé. Sim, Zoé, alguém que era da eternidade, que nascera para viver, não para morrer. Um valente que desafiava a imensa floresta, a fortaleza da cachoeira, o furor dos bichos, a maciez da relva, a beleza das flores, a algazarra dos insetos voadores. O nome fez com que se sentisse um verdadeiro silvícola caçador ao receber na mente, um espírito desbravador, com a ideia de sair daquele lugar onde nunca fora aceito e procurar um novo povoado, se é que existia outro.

O certo é que cansara de ficar parado, à sombra dos semelhantes que o temiam e classificavam como Anhanguera, dragão mau e ameaçador. Ele era agora, Zoé, como quando a claridade abria os olhos, despertando os papagaios a gritarem por ele, espalhando pelos ares o belo nome que se dera. Sentia-se poderoso como um morubixaba. Pôs suas tralhas nos ombros, secou os olhos e seguiu em frente para descobrir outros mundos.

Foi quando a audição acusou um ruído estranho, atraindo-o ao lugar de onde provinha, de uma gruta úmida no sopé de uma pequena montanha. O choro convulsivo aparecia de lá e como que o chamava. Surpreendeu-se com a velhinha encarquilhada e encolhida, que chorava de medo, gastando assim, seu restinho de energia. Zoé tirou-a da umidade da gruta, expondo-a ao sol para que se aquecesse. Aos poucos, mirando-a com atenção, reconheceu ser a cunhã do pajé. Compadecido, afagou a cabeça da velhinha quase cega. As mãozinhas frágeis da idosa devolveram-lhe o gesto amigo e notaram algo que a fez tremer ante a constatação de que, por baixo do cabelo sedoso, havia o vazio onde era para existir uma orelha:

—Você ser de minha barriga! Não ser Anhanguera! Eu dançar para deuses! Entreguei-o à Iara! Iara o salvou! Agora, posso seguir para Zoé, no voo eterno onde mora Tupã!

Ele a abraçou com cuidado, sentindo estrondos de caramuru exultando de emoções desejadas há muitas luas. Abraçar quem havia lhe dado vida dobrada!

Carregou-a em direção à sua oca, onde a colocou na própria rede. Durante o trajeto, reparou numa canoa encalhada à margem, talvez a que houvesse transportado a anciã amada para o lado proibido do rio.

Zoé preparou rapidamente uma cumbuca de suco de frutas do açaizeiro e ofereceu-o para fortalecer o sorriso da querida visitante, que o tomou devagarinho, gole a gole, demonstrando um excessivo cansaço e respiração cada vez mais fraca. Logo depois, entrou em agonia da despedida dessa vida. Assim, fechou definitivamente os olhos, diante do filho diferente, singular.

O índio, em choque, enrolou-a em vários feixes de folhas de bananeiras, amarrados com cipós verdes e, chorando com a mesma intensidade daquela cachoeira, atirou o corpo sem alma nas águas furiosas, que o engoliram. Era costume; a tradição indígena assim mandava.

Na claridade seguinte, o guerreiro Zoé pegou a enorme coleção de pedras e jogou-as no rio, como presente para a Iara. Das penas armara o cocar para enfeitar os cabelos abençoados que tapavam seu defeito. Então partiu para descobrir novos mundos. Se não os houvesse, começaria um, perfeito.

Ursa Maior

RAFAEL ALBUQUERQUE SANT'ANNA

[Amazonas, junho de 1927, nas proximidades de Caiambé].

O capitão sempre diz que não há diferenças de classes quando a natureza, sobretudo a amazônica, incide nas construções humanas. Por isso, a tempestade da noite anterior que incidiu sobre o vaticano São Salvador não o surpreendeu. Apesar de alertar constantemente sobre os riscos, um dos passageiros não teve cuidado suficiente, caindo na água no meio da noite.

Ninguém acredita que esse pobre coitado ainda possa estar vivo, exceto por Décio, um amigo que o acompanhava na viagem. Décio observa o vaticano se aproximar de Caiambé e se agarra à sua intuição, que lhe diz que seu amigo foi parar ali de alguma maneira. «Um ótimo nadador como ele poderia ter sobrevivido», repetia para si. Mal a embarcação atracara, Décio correu para iniciar as buscas, sendo interrompido pelo capitão.

—Um minuto, rapaz. Aonde pensa que vai?

—O senhor está gozando comigo? Eu vou atrás do...

—Sozinho, não. Já não me basta ter perdido uma alma, não preciso me preocupar com outra. O Gilberto aqui conhece essa área, ele vai ser seu guia.

—Muito bem, então vamos.

Enquanto Décio e Gilberto se preparavam, alguns passageiros aproveitavam para desembarcar e conhecer a província de Caiambé. Na altura da primeira classe os comentários gerais eram os mesmos dos demais ocupantes do barco: esse pobre coitado já estava morto e não fazia sentido nenhum procurá-lo com base em um palpite. Decerto que de acordo com a

última localização do passageiro durante a tempestade e, considerando a correnteza, Caiambé seria o local mais próximo onde ele poderia parar.

—Eu achei um absurdo o capitão parar só para isso.

—Querida, ele iria parar de qualquer jeito, já estava programada.

—Mas agora vamos ter que esperar aquele sujeito procurar por um fantasma.

—Que horror. Vem, vamos conhecer esse lugar.

—Ah, eu prefiro ficar aqui. Esses malditos mosquitos estão me irritando.

—Como quiser, eu vou descer.

Mário observava o casal e se perguntava o que aqueles dois estariam fazendo ali. Eram recém-casados, isso era tão óbvio que não se principiou a perguntar. Imaginou que aquela deveria ser a lua de mel deles, pelo visto não apreciada pela mulher. A viu reclamando diversas vezes que sentia falta de sua cidade, a bela Rio de Janeiro, e o excesso de elogios que ela utilizava para descrever sua terra natal em nada lembrava a Mário o que vira no mês anterior, quando iniciou sua viagem. Nada disso foi parar em seu diário, naquele momento sua mente estava em outro lugar, procurando por ideias que ainda não compreendia bem como montá-las, mas as peças pareciam estar mais claras à medida que sua viagem avançava.

Ele se preparava para descer quando um dos marinheiros veio avisar que o vaticano ficaria parado ali até o dia seguinte. A mulher, que já não aparentava bom humor, saiu enfezada para a sua cabine. Entre esse momento, o desembarque em Caiambé e a chegada da noite, pareceu a Mário terem se passado apenas alguns segundos e subitamente ele se encontrava contemplando o céu mais estrelado que já havia visto, a imensidão do espaço desnudada da intensa poluição visual que já estava acostumado em sua agora distante São Paulo. As luzes do vaticano também não chegavam ali, já que ele se embrenhara mata adentro e decerto teria seu sossego interrompido, pois sabia que tinha se afastado mais do que deveria,

porém isso não importava naquele momento. Seus olhos fitavam o infinito com a curiosidade de uma criança. Ele percebia sua finitude diante da vastidão. Era um momento poético e ele queria aproveitar cada segundo, por isso ignorou alguns dos chamados que ouviu de longe.

Ao perceber a constelação da Ursa Maior, visível apenas do equador para o norte, sentiu algo que fez seu coração palpitar intensamente. Suas pupilas dilataram e mal conseguia conter a tremedeira que tomava seu corpo. Sabia que não seria capaz de resistir, por isso começou a gritar numa explosão de alegria e satisfação. Saiu correndo em direção ao vaticano, sem ter ideia da quantidade de animais peçonhentos que estavam em seu caminho, e quando chegou, viu o capitão e alguns marinheiros com lanternas.

—Vocês devem estar querendo me matar do coração. Por que o senhor se afastou tanto?

—Me desculpe, capitão, eu não pude evitar, mas aconteceu uma coisa incrível, eu preciso voltar à minha cabine, meu caderno, minhas notas, eu preciso.

—Tudo bem, vá, vá. Suba logo, antes que possa desaparecer de novo.

Mal o capitão terminou de falar, Mário já havia desparecido.

—Esse povo do sul se impressiona com qualquer coisa. Esse aí tem cara que nunca viu um sapo na vida.

Os marinheiros se divertem e concordam com o comentário do capitão. Décio e Gilberto surgem e Décio nada fala, apenas segue cabisbaixo para o vaticano. Gilberto se compadece com a situação e olha para o capitão com ar de negativa. Nada precisa ser dito, pois todos já sabiam o que esperar dessa situação, talvez até Décio.

Um pouco mais tarde naquela noite, enquanto os passageiros da primeira classe jantavam, Décio percebia que a maioria dos olhares e comentários eram sobre ele. Resolveu então ir até o deque para apreciar a noite, apesar de que algumas nuvens começavam a fechar o céu. Em uma

das mesas observou um caderno. Em sua capa estava escrito “O Turista aprendiz”, e a assinatura: “Mário de Andrade”. Foi então que o dono do caderno apareceu.

—Com licença, ah! Sabia que havia deixado aqui –Mário percebera que se tratava de Décio–: Eu sinto muito pelo seu amigo.

—Obrigado. Está escrevendo um livro?

—Ah, não, é mais um diário, algumas ideias, pode ser muitas coisas. Quer dizer, ainda não sei. Para ser sincero, ainda não sei.

—De qualquer jeito, o título é bem interessante.

—Ah, obrigado.

—Mário, certo?

—Isso.

—Prazer, eu sou Décio. Você é de onde, Mário?

—De São Paulo.

—Eu estive lá há uns cinco anos. É uma cidade impressionante.

—Pois sim. E você?

—Eu sou da região, sou de Manaus.

—Eu estive lá, um lugar incrível.

—E o que te traz tão longe, Mário?

—Algumas coisas. Acho que a principal é de querer conhecer melhor a minha terra.

—Sua terra? Você não é de São Paulo?

—Eu venho de lá, mas antes de qualquer coisa, eu, você, todos somos brasileiros. É a nossa terra.

—Então eu posso dizer que São Paulo também é minha terra?

—Claro.

—Não parecia assim quando eu fui lá. Na verdade, o tempo todo fizeram questão de me mostrar que eu não pertencia àquele lugar. Você é a primeira pessoa do sul que não me olha de cima pra baixo.

—Eu sinto muito por isso, as coisas deveriam ser diferentes. Deveríamos ser menos elitistas, mas, se tudo der certo nessa viagem, espero encontrar algumas respostas para isso. Se me permite, o que você faz?

—Sou fotógrafo, eu trabalho para o Notícias de Manaus.

—Está aqui a trabalho?

—Sim, eu e meu amigo. Ele era repórter, estávamos fazendo uma matéria sobre a Amazônia.

—Mais uma vez, eu sinto muito.

Décio não responde, mas percebe verdade nas palavras de Mário. Ele nota que há algo diferente, algo especial, uma forma de falar com uma certa doçura, uma qualidade que ele até então não tinha visto em nenhuma outra pessoa.

—Acho que vou deitar, o dia foi bem cansativo. Bom conversar com você, Mário. Espero que tenhamos outras oportunidades ao longo dessa viagem.

—Será um prazer. Aliás, se for novamente a São Paulo, faço questão que me procure, gostaria que se sentisse mais à vontade na próxima vez que estiver lá. Tomamos café amanhã?

—Obrigado, agradeço. Muito bem, tomamos café. Até amanhã.

—Boa noite.

Enquanto Décio se afasta, Mário percebe que o céu está fechado e uma nova e furiosa tempestade se aproxima. Ele se encaminha para a sua cabine, mas antes de entrar dá uma última olhada para o céu, sua Ursa Maior está oculta nas nuvens, o céu do Equador zela por ela. Ainda há muitos dias de viagem pela frente, e sua São Paulo nunca lhe foi tão distante, tanto geograficamente, como espiritualmente. Se há algo que essa viagem tem lhe mostrado é que sempre é possível ter um novo olhar sobre as coisas, até mesmo o céu pode trazer novas visões. «É possível mudar, é possível ser melhor», repetia.

No seu camarote, ele abre seu diário e anota: «O que é ser brasileiro?». Sabe que não encontrará a resposta agora, quiçá talvez nunca a encontre, mas, naquela noite, Mário foi dormir confiante.

Duelo de gigantes

ROGÉRIO AMARAL DE VASCONCELLOS

I.

O primeiro chegou.

Um corpo, negro, bucéfalo, irrompendo, vindo pelo leste.

Emitia um som supra-animal.

Derrubava muita coisa no caminho, causando uma onda avassaladora de piados e grunhidos. Ação e retaliação na proporção direta do dano.

Vapores ascendem das narinas dilatadas, molhadas, pingando muco, daquela criatura sem igual na maior floresta do mundo. O próprio Amazonas não distava dali. Lugar perfeito para outro gigante.

Novo urro reverberou, porém comum, de um predador desalojado, interrompido em sua caça no entardecer singular. Igualmente foi ignorado: fez-se o miado de pânico da mesma onça, provocando-lhe a fuga em polvorosa. Sorte da pintada, não sendo despedaçada pelas patas do majestático invasor.

Testemunhas do ocaso, trepados nos privilegiados poleiros das sumaúmas, chamadas de telefone de índio ou escada do céu, vários saguis se abraçavam por instinto, antes de se decidirem pela assustada fuga vertical. A mais de setenta metros do chão, enfiados nas copas e buracos, eles se recolheram no céu da árvore, mudas testemunhas que o tempo se encarregaria de silenciar.

Lá embaixo, em sua disparada carreira, o vulto invasor avança, reluta por um caminho, refreia o movimento tresloucado, mas que para ele guardava um sentido. O combate.

Lançando o possante pescoço à retaguarda, farejando, a corcova se agita antes de ele arremeter em novo curso. Por outra direção, sentia o oponente se aproximando. Não convinha deixá-lo esperando.

Finalmente após massacrar o chão irregular e cheio de obstáculos, antes da noite se abater e tornar o cinza em escuridão, ele percebe estar entrando em uma clareira, tão antinatural quanto ele naquele lugar. Ainda fedia a queimada. Empesteava a homem. Não era difícil encontrar as duas morrinhas associadas.

Trava as patas dianteiras e somente consegue parar no centro do desmatado. Gira e fica voltado para o lugar de onde irrompeu da mata, claramente visível pela brecha na clareira. Embora a bola luminosa no alto não se anunciasse, havia mais luz ali. Mas a escuridão, quando viesse, não o atrapalharia, o impedindo de lutar: podia enxergar o que seres normais não veriam. Porém, seu algoz também.

Ele não era natural daquelas terras, sentia-se mais familiarizado com os charcos. Todavia já tinha entendido que o terreno, por mais diferente daquilo que conhecia, podia ser usado em seu favor. Naquela luta avizinhada qualquer ajuda podia significar algum futuro. O que ele tinha era presente. Incerto, contudo era o que bastava de momento.

O dorso enlameado, arrastando sanguessugas na travessia do último igarapé, apresentava as sulcadas feridas de arreios e chibatas, deixados para trás no Mibaraió, a antepara do mar dos tupis e a Marajó dos que o sucederam. Mas a dor o acompanhava, ecoando do passado recente, lembrando-o do motivo de haver fugido. E o porquê de estar ali.

A maior ilha fluviomarinha do mundo perdeu seu espécime único na épica travessia até o coração da selva.

Com cornos com sessenta polegadas de envergadura e pesando mais de uma tonelada e meia, a criatura inigualável, nunca búfalo, jamais zebu, arriou a cabeça e aguardou o inevitável. E ele veio.

II.

Um arrastar insidioso, atrelado ao som de algumas árvores vindo abaixo, partidas ou arrancadas do chão, anunciou algo mais chegando. Parecendo uma cachoeira em terra firme, o atritar de escamas contra pedras, contra tudo, fez os animais retornarem na fuga desabalada para oeste, provocada pelo primeiro gigante.

Entre duas frentes, o recheio de um sanduíche mortal se consolidou. Eles tinham o pânico como único denominador comum. O de ser devorado. Os habitantes da floresta conspiravam da mesma consciência ancestral, primitiva, coletiva, de que a imobilidade era o último recurso.

Pararam de se arrastar. Pararam de pular. Pararam de correr, trepar, nadar ou até mesmo voar. Alguns morreram ali ao parar de respirar.

Quem sobrou fez como as árvores. Fez como as pedras. Fez como os mortos, os imitando, torcendo –se o termo se aplicava à sabedoria conferida pela natureza, partilhada com seus inquilinos– para não estarem no caminho da contenda. Afinal, a noite vizinha trazia novos deuses.

III.

O segundo chegou.

O ocidente mandava o aviso que aquela também era uma fronteira proibida.

De alguma forma tinha sido regurgitado pelas entranhas do mundo, onde ossadas de animais pré-históricos permanecem ocultas em seus respectivos santuários, desde um milhão de anos atrás. Naquele tempo o Amazonas só tinha oito milhões de anos de existência. Exato. É mais velho do que se supunha. Ainda assim o medíocre homem podia torná-lo um verbete no último livro editado pelo macaco novo de um Darwin antigo.

O abominável não sabia disso. Nem se importava. Coleando, venceu muitos quilômetros de crosta até a cabeça colossal, a língua bífida chicoteando o ar, brotar sob o rio largo. O corpo ainda saia da caverna, dez

metros abaixo, quando a fera mostrou as presas, do tamanho de um braço, para a floresta que não as viam há séculos.

A peçonha, pingando farta, bastou para matar um cardume inteiro de piranhas. Naquela floresta abafada, origem e fim de várias disputas silenciosas, experimentava o oposto. Algo grandiloquente, porém sem viadagem ou purpurina.

Era o local onde os mitos cresciam mais alto que as árvores gigantescas. E tombavam com igual desconhecimento. Um desbastamento ignorado pela humanidade, no seio, na fauna e flora daqueles que nela habitavam. Histórias que, na maioria das vezes, jamais seriam contadas, enterradas, talvez para sempre, como fertilizante de outros mitos ainda a serem extintos. Ou não.

IV.

A clareira tinha sido foco de uma queimada ilegal. Ou, como queriam fazer crer os refutadores do governo, os profissionais do desmentido do lobby desenvolvimentista, um caso isolado e fortuito provocado por queda de raio, nada além de obra da natureza.

Os tocos calcinados, corpos esturricados de bichos e alguns tambores de querosene desmentiam o feito do acaso, mas quem iria até os cafundós conferir o laudo cadavérico da floresta?

Os satélites, proibidos de sobrevoar a região, é que não.

Pelo certo ou duvidoso, se criou um vão grande o bastante para caber um campo oficial de futebol –um estrago modesto, se comparado a outros mais exibicionistas, crias da natureza–, o octógono ideal para as criaturas díspares emergirem de lados opostos, invocando o cinturão imaginário dos pesos pesados.

Se houvesse um mestre de cerimônias na locução, fatalmente diria:

Dois gigantes.

Um propósito.

Só um deles submergiria de volta para a floresta.

Que a batalha comece!

Rescoldos

TERESA SUEIRO GÓRRIZ

Un olor a frescura se cuela por las rendijas de la cabaña y la tenue luz llama a sus párpados perezosos tras una noche de continua lluvia. Jairo se estira y echa los pies a la esterilla. Las gallinas hace rato que se dejan oír en el corral. Abre la puerta y mira hacia un pequeño cuadrado de cielo que los altos árboles apenas le dejan ver. En el porche, que él mismo construyó con madera de troncos cortados por los trabajadores, se calza las botas. El barro rodea la casa y con pasos resignados se dirige a la pequeña plantación que el jefe Gilberto le concedió. Tiene que recoger el cacao para llevarlo mañana sin falta a Altamira.

Al cabo de un rato aparece su mujer trayéndole un plato con papilla hecha de maíz y algunas frutas. María le reprende por salir de la cabaña sin haber probado bocado desde anoche, pero Jairo no responde, come con ansia y rapidez para volver a su tarea. Un poco después, João y Dulce, sus hijos, ya rayando en la adolescencia, le acompañan en la recogida. El padre les sonríe arrugando los surcos de la frente y dejándoles ver unos dientes mellados y pardos.

El ruido del motor de la avioneta del jefe hace que se detengan. Los niños sueltan los cuchillos y corren hacia la pista de aterrizaje que se abre a unos quinientos metros de su casa. Aunque es algo que ya no les sorprende, pues suele aparecer un par de veces a la semana, bien a dejar trabajadores para talar otro trozo de selva, bien a dejarles comida o maquinaria. Pero siempre es una novedad que rompe la rutina solitaria que llevan viviendo hace más de un año. Antes vivían en la ciudad, iban a la escuela, jugaban con otros niños, pero despidieron a Jairo. Trabajaba en la central hidroeléctrica de Belo Monte, de albañil, hasta que su contrato terminó y lo echaron. Pasaron unos meses difíciles, apenas lo reclutaban y nunca más de dos días. Tenían que comprar comida de fiado y la lista de deudas iba aumentando.

Un día que discutía con el dueño del supermercado para convencerle de que le pagaría en cuanto recibiera el primer sueldo del próximo trabajo, se le acercó un hombre con sombrero jipijapa, mirada desafiante y le invitó a un pisco. Le ofreció olvidarse de sus problemas si aceptaba su propuesta: qué mejor vida que disfrutar de la selva, en una cabaña bien arregladita, con un huertito, el corral con las gallinas y una pequeña plantación de cacao. Hasta le facilitaría una vieja camioneta para sus desplazamientos hasta la ciudad. El salario no sería muy alto, pero tampoco iba a tener gastos. Un Jairo desesperado no se hizo de rogar. Se conformó con lo que le informó el jefe: solo tenía que observar; contarle si los indígenas estropeaban la labor de los leñadores que enviaba regularmente a trabajar por allí. Ni siquiera tenía que indisponerse con ellos, si surgía alguna injerencia con hacérselo saber sería suficiente. Nada más que Jairo bajó su cabeza para aceptar, el empresario sacó un fajo de billetes del bolsillo y saldó lo que debía en el supermercado. Le dio unos pocos billetes más para que arreglara sus otras deudas y comprara lo que creía más inmediato para el traslado aquella misma semana.

María recibió la alegría de Jairo con un paciente e incrédulo semblante, tanto porque le parecía que la engañaba como porque temía que su marido se hubiera dejado embaucar. Pero, aunque intentó disuadirle, no hubo forma. El marido estalló con un cohete de improperios histéricos, la sacudió por los hombros y casi le soltó un sopapo de no ser porque la esposa sucumbió con un medroso «está bien». Los hijos dejaron de ir a la escuela, aprenderían a trabajar. El chico, a su lado, la hija, con su madre, que ya era hora de que supiera llevar una casa. Con suerte dentro de dos años ya le encontraría un novio que la mantuviera y así habría una boca menos que alimentar.

Metieron las ropas en sacos y las apilaron encima de los colchones en el remolque de una camioneta que tosía más que avanzaba. Abandonaron la ciudad por los pelos. Al atravesar uno de los barrios de las afueras, se vieron envueltos en medio de una pelea. La calle estaba llena de hombres enloquecidos, dándose mamporros con las manos, con maderos, algunos esgrimían machetes y herían sin remilgos a quienes les disputaran comida y enseres que habían rapiñado de un almacén. Unos cuantos jóvenes se subieron sobre la camioneta y empezaron a saltar, tiraron los sacos de ropa,

rajaron los colchones. Jairo apretó el acelerador viendo que la calle se dirigía recta hacia la carretera y lanzó a los ladrones al suelo. Algunos de la banda comenzaron a perseguirle y pensó que iban a matar a toda la familia allí mismo. Justo en ese momento apareció la guardia de frente en coches berreando con las sirenas y disparando, unas veces al aire y otras veces a las piernas, quién sabe si a los pechos o las cabezas. La cuestión es que a Jairo le pareció que alguno de sus antepasados le estaba sonriendo desde el cielo y le protegía de la barbarie en la escapada.

No era un hecho aislado. Los saqueos y las peleas eran el pan de cada día en una región –y en un país– donde había mucha tierra y mucha riqueza, privilegio de unos pocos. Ya se lo había dicho su abuelo cuando vivían en la selva: «Cuídate de los jipijapa. Buscan hombres como si fueran cabezas de ganado para hacer que les sirvan. Te puedes pasar la vida huyendo de ellos, escondiéndote». Y Jairo pensó que no se iba a pasar el resto de su existencia como su tribu, buscando en las profundidades del bosque una madriguera para que no les encontraran durante unos meses y después huir como ratas asustadas más allá, aunque la jungla no acabara nunca. Y ahora, una vez que la ciudad le había escupido, se acercaba de nuevo a sus orígenes.

Se iba animando pensando que era algo temporal. Cuando ganara dinero con el cacao buscaría otro pueblo y otro trabajo. A lo mejor convencía al jefe para que lo contratara como uno más de los taladores que se comían la selva como animales salvajes. Después de ocho horas de viaje por caminos de tierra entre murallas verdes gigantescas, un motor le distrajo de pensamientos oscuros y siguiendo su ronquido se dio de bruces con una pista de aterrizaje en plena selva. Se quedó estupefacto. Era veinte veces más ancha que una carretera y no veía dónde terminaba, pero allí estaba la avioneta que había oído y remolques llenos de troncos apilados. A los lados, contenedores de varios colores de los que salían y entraban hombres como si hubiera situada una gran fábrica o la obra de la presa en la que él había trabajado. Todo era movimiento. Y allí estaba dando órdenes con su sombrero el amo Gilberto.

Jairo esperó a que terminara de hablar como aguardando una orden también para él. Pero cuando el jefe depositó su mirada, se dirigió a uno de los hombres para que le acompañara a la cabaña donde iba a vivir por no se

sabe cuánto tiempo. El trayecto le pareció largo, a pesar de que habría poco más de medio kilómetro. La cabaña, enclavada en medio de la selva, no se dejaba ver hasta que quedaban unos veinte metros. Realmente no estaba arregladita, como le había asegurado el jefe. Tenía un agujero en el techo, las ventanas no ajustaban y por dentro parecía haber sido un apeadero de fulanas. Jergones sucios y malolientes, ropas esparcidas, hasta condones por el suelo. María le miró con odio por haberla arrastrado a un estercolero abandonado. El esfuerzo por adecentar algo esa choza iba a ser vano. Los chicos abrieron la boca con sorpresa y asco, pero no se atrevieron a decir palabra, porque Jairo se llevó la mano al cinturón. Sin embargo, gracias al afán que pusieron los cuatro, en un mes no parecía el mismo sitio que cuando llegaron. La cabaña era habitable, a los meses el huerto empezó a dar frutos. Le trajeron un gallo y gallinas cuando tuvo un corral hecho y el cacao prometía dar una cosecha satisfactoria después de más de un año.

Había días que Jairo desaparecía. Contactó con varias tribus diseminadas a kilómetros de distancia que vigilaban a las máquinas y sierras que se comían su territorio acercándose peligrosamente a sus asentamientos. Solían respetarle porque Jairo sabía cómo tratar con ellos, aunque eso no evitaba que por la noche robaran o estropearan materiales y útiles para la tala de árboles. Pero ese no era su problema. El amo Gilberto le había dicho que él solo tenía que informarle de sus movimientos. Claro que eso pronto tuvo sus consecuencias. Había vigilantes día y noche sin ningún problema para descargar unos cuantos tiros y disuadir a las tribus hasta que estas, sin remedio, debían adentrarse más allá del bosque para no ser masacradas, Si se resistían, hombres armados buscaban su poblado y se llevaban a unas cuantas mujeres para su disfrute, descerrajando unos cuantos tiros sobre los jóvenes.

Jairo lo había sabido por alguno de los trabajadores que charlaba con él cuando se acercaba a la pista de aterrizaje a hablar con el jefe. Sentía rabia y culpa, pero se decía que tenía que vivir y que a cada uno le tocaba una cruz.

Aquella mañana, la avioneta estaba recogiendo a varios trabajadores. Los contenedores estaban siendo cargados en camiones y apenas quedaban troncos cortados. Parecía que se iban. Extrañado y temiendo que su trabajo

ya no fuera necesario, buscó al amo. Lo vio sentado, rodeado por otros jipijapas. No quería importunarle, pero Gilberto volvió la cabeza casualmente y se fijó en él. Le hizo un gesto con la mano para que esperara. Reanudó la conversación con los compadres. Uno de los trabajadores le susurró a Jairo que eran ganaderos, empresarios de la madera, constructores de complejos turísticos. No sabía qué se traían entre manos, pero de momento la zona se iba a quedar vacía, limpia de materiales y de obreros. Más avionetas aterrizaron ante los ojos asombrados de sus hijos que observaban las idas y venidas del personal.

Tras unas dos horas, los jefes se levantaron y subieron a las avionetas. Gilberto se acercó a Jairo, le puso la mano en el hombro y le tranquilizó. No iba a quedarse sin trabajo. Al contrario, precisamente él era el encargado de comenzar un proyecto importantísimo que traería gran desarrollo y trabajo a la zona. Le señaló unos bidones de combustible. Al día siguiente los cogería y los repartiría en varios puntos de la selva. Debía prenderlos uno a uno. Serían focos distintos distribuidos en kilómetros a la redonda. Jairo iba a decirle que eso sería el fin de la zona, de su familia, de las tribus, de los animales, que eso era ilegal, era una zona protegida. No sabía por qué nadie de la región ni del gobierno había consentido una intervención así, en un espacio que no era de Gilberto.

Esos pensamientos le cruzaron a velocidad de vértigo, pero Gilberto no le dejó hablar. Le apoyó el brazo en la espalda, con una enorme sonrisa en su boca, intentando quitarle preocupaciones: no importaba que su cabaña y la cosecha se quemasen, ni tampoco las gallinas. Después iba a tener una casa, remarcó, una casa hecha de ladrillos, en la ciudad. Su hijo trabajaría en una de sus fábricas, o de leñador en otro território, y la chica, bueno, ya era una mujer, atrayente sin duda. Tal vez pudiera servir en alguna casa de algún empresário, o tal vez en un club, ya se vería, según se portara su padre en este trabajo que le encomendaba.

Entonces soltó a Jairo y rodeó con cada brazo a sus hijos. Se los llevaba en la avioneta como fianza. Eran su aval. Serían bien cuidados hasta que Jairo se presentara una vez realizado el trabajo.

Cuando vio elevarse la avioneta que llevaba al magnate y a sus hijos, le empezó a resbalar por el rostro una lágrima voraz, atormentada,

demoledora, que fue el manantial de muchas más que le arañaron la noche.

Dos días después los noticiarios de todo el mundo lanzaron la alarma: la Amazonia ardía, agonizaba. Los animales eran retratados carbonizados. De las tribus nadie hablaba.

Así siguieron clamando las naciones, ofreciendo ayudas económicas para restaurar la región, criticando al presidente por su impasibilidad.

A Jairo se lo comió el fuego, que, ayudado por el viento, lo rodeó y lo calcinó. Sus cenizas y las de la Amazonia siguen elevando humo de indignidad hacia el mundo.

Otros títulos de Ediciones Ambulantes:

Lugar de enunciación. Djamila Ribeiro. Feminismos Plurales, 1.

Amar, verbo intransitivo. Mário de Andrade. Saudade, 4.

Brasil, memorias del interior. VV.AA. Antologías, 3.

Negra Desnuda Cruda. Mel Duarte. Cuatro Mil Millas, 8.

Brasil todavía. Historias de resistencia. VV.AA. Antologías, 2.

Siete vientos. Débora Almeida. Cuatro Mil Millas, 7.

Vida vertiginosa. João do Rio. Saudade, 3.

Bangladesh, tal vez. Eric Nepomuceno. Cuatro Mil Millas, 6.

Brasil, historias en pedazos. VV.AA. Antologías, 1.

Peces que llueven del cielo. Carla Guimarães. Cuatro Mil Millas, 5.

Brasil, Golpe de 2016. VV.AA. Já Tem Luta, 1.

El cementerio de los vivos. Lima Barreto. Saudade, 2.

Los últimos días de Carnaval. Carla Guimarães. Cuatro Mil Millas, 3.

Biblioteca Favela. Otávio Júnior. Cuatro Mil Millas, 1.

El alma encantadora de las calles. João do Rio. Saudade, 1.